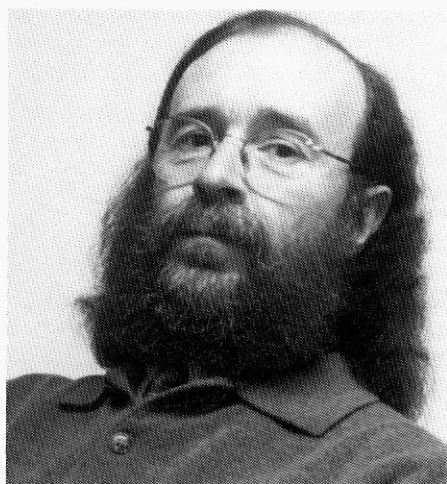


JOAQUÍN DÍAZ



COMEDIO YERMO

AMBITO



Joaquín Díaz nació en Zamora, el 14 de mayo de 1947. Desde hace casi tres décadas, viene dedicándose a la investigación y difusión de la cultura tradicional. Entre 1965 y 1974, ofreció conferencias y recitales en universidades y televisiones de Europa, Asia y América, antes de abandonar las actuaciones en público. Ha grabado cuarenta discos, producido otros tantos y publicado más de una treintena de libros sobre diversos aspectos de la tradición oral. Dirige la *Revista de Folklore*. Es Académico de Bellas Artes y Doctor Honoris Causa por el Saint Olaf College de Estados Unidos. Creador y director del Centro Etnográfico que lleva su nombre, ubicado en Urueña (Valladolid): un museo vivo que alberga, junto a sus colecciones de instrumentos tradicionales, grabados y pliegos de cordel, una magnífica biblioteca, fonoteca y archivo sonoro de cultura tradicional.

COMEDIO YERMO



Joaquín Díaz

COMEDIO YERMO

 AMBITO

Diseño de la cubierta: Esperanza Soria Cirujeda

© Joaquín Díaz González y Ámbito Ediciones, S.A., 1994

ISBN.: 84-86770-90-4

Depósito Legal: VA-364-94

Primera edición: mayo de 1994

Edita:

ÁMBITO Ediciones, S.A.

Héroes del Alcázar, 10 - 47001 Valladolid

Teléfono: (983) 35 41 61 - Fax: (983) 35 41 51

Impresión y encuadernación:

Simancas Ediciones, S.A.

Pol. Ind. San Cristóbal. C/ Estaño, parc. 152

47012 Valladolid

Índice

I. UN POCO DE NOSTALGIA.....	11
- La infancia	11
- Recuerdos pinariegos	16
- El colegio	17
- De los cuarenta para arriba... ..	19
II. BALBUCEOS DE BABEL	23
- Las campanas en Valladolid.....	23
- Más sobre campanas	26
- Los ciegos y sus coplas	28
- Un vallisoletano, pionero del "Marketing imperativo"	30
- Primavera	32
- La voz de la ilusión en Navidad.....	33
- Navidad para todo el año	36
III. LOS SIETE PECADOS CAPITALINOS	39
- Hagan juego... ..	39
- Cada cual atiende a su juego	42
- Santa Bárbara, ora pro nobis	44
- Bocinolid	46
- Estruendópolis.....	49
- Centauros y cochombres	51
- El escaparate	53

IV. TUBO DE ESCAPE	55
– Vísteme despacio... ..	55
– La prisa.....	57
V. AUXILIO SOCIAL	61
– Papá, ven en tren (ándote).....	61
– Soñar cuesta poco	63
– El parto de los montes.....	65
– El arca de Noé.....	67
– ¡Fuera telediarios!	68
VI. AMOR A PRIMERA VISTA	71
– Uruña: visita obligada	71
– Los otros pagos	73
– El gorjeo del zorro	75
– Los rumores de la campiña	76
– Lenguajes mudos	78
VII. PAISAJE CON PAISANAJE	81
– Prudencia para llorar	81
– El señor Atilano	83
– En la cuerda floja	85
– Los gritos de Uruña.....	86
– Una escena del pasado	88
– ¿Castellanos en Europa?	90
– Página incompleta de un pseudo-diario	92

PROEMIO

El contenido de este libro ya ha sido publicado anteriormente en sucesivas entregas; durante años, y bajo los epígrafes de "Pluma de cristal" y "Cartas desde Urueña", intenté transmitir a los lectores de *El Norte de Castilla* unas impresiones sinceras, sugeridas o motivadas por hechos de mi propio entorno. La sospecha de que tales sensaciones podrían entretener a alguien, o ser motivo de reflexión, o simplemente servir como tema de tertulia, moderaron muchas veces mis recelos de que tal ejercicio no fuese más que una vanidad literaria o un remedio contra la depresión. Al cabo de los años, y volviendo a leer esos artículos, he descubierto además un denominador común reiteradamente presente: Mi vida —y probablemente la de millones de personas en este siglo— se debate entre dos grandes ámbitos, dos campos de fuerza (el rural y el urbano) que tan pronto tiran de uno como le desalojan a empellones.

Y ahí estamos casi todos: en el comedio yermo e inhóspito; en esa frontera inútil. No se trata de un espacio físico, ni siquiera de una especie de balanza sobre uno de cuyos platos nos inclinamos. Como ofuscados por una fatal maldición no podemos liberarnos de ninguno de los dos mundos. Nada nos es ajeno: todo nos concierne, sin ser nuestro.

Esa variedad de marea seca, sin embargo, no es en sí misma una calamidad, sino el sustrato de la existencia. Si la vida es un terremoto hay que levantar edificios antisísmicos y el material

más adecuado para ello lo obtendremos ironizando sobre nuestras propias carencias y siendo al mismo tiempo compasivos con esas privaciones.

Sean ustedes benevolentes si estoy equivocado.

I. Un poco de nostalgia

*Una especie de recuerdo de mi muerte
futura me escalofría desde dentro.*

FERNANDO PESSOA: *Libro del desasosiego*

La infancia

Los desplazamientos veraniegos de mi infancia coincidían, inexorablemente, con la visita anual al abuelo Joaquín; las vacaciones estivales tenían así (todavía ignoro por qué maravillosa casualidad) un cenit cuyo grado máximo eran los tres o cuatro días que pasábamos en su finca. Los largos paseos entre frutales, el aroma de la flor del aligustre, la irreprimible emoción de bordear las colmenas que limitaban la casona, la fuente del zaguán con su permanente murmullo, eran elementos que hacían cada año más atractiva la breve estancia; pero lo que realmente nos transportaba a otro mundo, eran las historias de mi abuelo; sus acertijos, sus juegos y, sobre todo, sus cuentos. Cuentos largos, breves, escatológicos, fantásticos, de obispos, de locos, de aldeanos; al atardecer, cuando se comenzaba a presentir la tan deseada brisa del crepúsculo, nos reuníamos la familia, y los cachicanes que habían regresado del trabajo, en torno al sillón de mimbre de mi abuelo, quien encendía lentamente su pipa y comenzaba a

engañarnos con sus relatos; no había casi nunca (al menos yo no lo recuerdo) una introducción formulística que nos alertara del inicio del cuento, pero es que frecuentemente iban enlazadas anécdotas chocantes que le habían sucedido a él mismo (cuando —obligado por su profesión de topógrafo— tuvo que recorrer media España para levantar planos aquí y allá) con chascarrillos dignos de la mejor y más florida picaresca hispana. El resultado era formidable: Allí reíamos todos, chicos y grandes, hombres y mujeres, y nos daban las tantas escuchando los cuentos de la mariposita, de Juan sin miedo y de Riquete el del copete, entre otros; recuerdo vivamente aquella facecia que luego he encontrado en algún periódico de época, del loco que se creía la Santísima Trinidad y a quien, por lo desastrado que iba, le pregunta un día el médico del manicomio: Y usted, ¿cómo va así, hombre de Dios? A lo que contestaba el orate con resignación: — Es que somos tres a romper.

Desataba mi imaginación el herrero Panicorice, vencedor del infierno y de todos los demonios con su astucia. Para quien no conozca el cuento, y como un pequeño homenaje a la memoria de mi abuelo de quien tanto aprendí, me voy a permitir transcribirlo en una versión, lejana ya a la frescura viva de la oralidad, que publiqué hace años:

Había una vez un rey que, al casarse su hija, llamó al herrero Panicorice para que le hiciese una cama, y le amenazó de muerte si no se la terminaba en un día. El herrero, que sabía que no la iba a poder terminar, viéndose perdido, llamó a los demonios para que le ayudaran.

— Iremos con la condición de que si hacemos la cama te vienes con nosotros al infierno.

Como Panicorice no tenía otra solución dijo que sí. De modo que se presentaron allí unos cuantos demonios y se pasaron toda la noche trabajando. Por la mañana estaba la cama terminada; se la llevaron al rey y éste quedó muy contento.

Pero al día siguiente se presentaron los demonios a por Panicorice, y como él no estaba muy conforme con irse al infierno, les dijo:

– Mirad, mientras yo me preparo, os subís a unas higueras que tengo ahí en el huerto y os coméis los higos.

Cuando ya estaban todos en los árboles, desde una ventana llamó a los chicos que salían de la escuela y les dijo:

– Os dejo que tiréis todas las piedras que queráis a las higueras.

Los chicos, qué más querían, se llenaron las carteras de piedras y pim, pam, pim, pam, no dejaron un demonio sano.

Pero al otro día llegaron muchos más y le dijeron:

– Ahora sí que te tienes que venir con nosotros.

– Bueno, pero mientras me preparo os podéis bajar al pozo que hay unas truchas riquísimas y las pescáis.

Cuando estaban abajo, cogió Panicatorce una piedra tan grande como el brocal del pozo, la tiró y ya no pudieron salir los demonios.

Pero al pasar unos días vinieron muchos más demonios y se le llevaron. Al llegar al infierno dijo Panicatorce:

– ¿Pero cómo vivís en estas casuquillas? Traer hachas que vamos a cortar árboles para hacer una buena casa.

Se pusieron a trabajar, y cuando Panicatorce llegó a un árbol muy grande, llamó a todos los demonios y les dijo:

– Mientras yo corto el árbol, sujetarlo fuerte para que no se caiga.

Conque pusieron los demonios las manos en el árbol y cogió Panicatorce un hacha muy grande y ¡zas! dio un golpe tan fuerte, tan fuerte, que les dejó a todos sin manos, y se fue de allí para no volver jamás. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Cada verano soñaba yo con las casuquillas del infierno y, en las duermevelas (a las que contribuía no poco el pesado zumbido de los mosquitos en la oscuridad) acababa preguntándome a dónde se podía haber ido Panicatorce para no volver a ver jamás a los demonios, y recordaba a Elías, el misterioso personaje bíblico de quien nos aseguraban en el colegio que estaba en algún punto de donde volvería para el juicio final. Así, colocaba en el mismo e idílico lugar a Panicatorce con su enorme hacha y a Elías con su carro y ambos en amigable conversación. Pero al imaginarme al herrero como héroe no podía por menos que aplicarle la cara y los

gestos de mi abuelo a quien, por cierto, habíamos mitificado ya por las rarezas que nos contaban de él: Que si para salir de viaje en sus años jóvenes se vestía con una indumentaria que no se quitaba hasta que regresaba a casa un mes después, quemándola en el jardín antes de entrar a saludar a mi abuela; que si se había quedado calvo por la costumbre de mojarse el pelo y ponerse inmediatamente la boina calada hasta las orejas; que si al comienzo de la guerra había perdido la vista por completo para recuperarla, a poco de finalizada la contienda, como negándose a contemplar voluntariamente tanta locura; que si (pese a su incipiente cáncer) se obcecaba en comer alubias todas las noches aun sabiendo que iba a vomitarlas irremisiblemente, porque el placer de comerlas era muy superior a la molestia de arrojarlas; que si no había ido nunca a misa pero le gustaba que los curas le fuesen a visitar, dando por cumplido así el precepto dominical... En fin, un individuo irrepetible por tantas cosas, mi abuelo, pero fundamentalmente (y por eso le traigo a colación), por la facilidad para transformar la realidad en fantasía y viceversa.

No voy a aburrir otra vez repitiendo la cantinela de que con el abandono alocado del idioma, de sus giros y expresiones, se nos va lo más valioso e interesante de nuestra identidad; ya lo he dicho tantas veces que ahora no me queda más consuelo, —pobre consuelo— que comprobar resignadamente lo tristemente cierto de mi vaticinio aunque, en lo que respecta a mi trabajo, todavía trate de paliar las consecuencias y los efectos secundarios del error cometido.

Por eso creo que sigue teniendo sentido la publicación de libros de relatos, donde los niños aún pueden contemplar —como en el retrato de un antepasado— los rasgos que caracterizaron a las gentes de esta tierra, para valorarlos y estimarlos como algo propio ypreciado. Incluso, deteniéndose en ello y esforzándose, todavía se pueden reconocer en ese retrato facciones y gestos que, pese al tiempo transcurrido, corresponden exactamente a los que nos vemos todos los días en el espejo.

En cualquier caso, frente a la memoria que encadena a los pueblos a sus propios errores yo me quedo con la memoria libertado-

ra de mi abuelo que convertía todo en fantasía con su retórica maravillosamente mendaz. Déjenme que les cuente una historia más, tal vez una de sus favoritas, a la que cada año le añadía un detalle y perdonen de antemano la pobre transcripción:

Antes, la visita del obispo al pueblo era un acontecimiento; sobre todo, si el lugar era pequeño y la visita no era anual, la llegada, que coincidía con la época de las confirmaciones, revolucionaba a todo el mundo. Se reunía el concejo y se tomaban los acuerdos pertinentes para que su ilustrísima se sintiese como en casa. Bueno, pues en este pueblo llevaban varios meses con la intranquilidad en el cuerpo porque se acercaba la fecha y todo el personal quería aportar ideas. Y en una reunión se le ocurrió a un concejal (el mundo se ve siempre a través del propio cristal) que tenía el muelle flojo y el cristalino turbio, que el obispo, a pesar de toda su santidad, podría tener un apretón y había que tener dispuesto un retiro adecuado. La propuesta inquietó no poco a la corporación porque en el pueblo no había —ni siquiera en la mejor casa— más que el clásico corral donde cada cual se despachaba a gusto con la ayuda de su propio esfuerzo y la colaboración, no siempre positiva, de las gallinas picamierda. En fin, que se avisó al carpintero y en un anejo de la sacristía se dispuso un sitial que talmente parecía un patíbulo, de forma que un acólito pudiera situarse debajo con un escobón para, una vez finalizado el sencillo pero vital acto, dar un pase esclarecedor y definitivo sobre las ilustres posaderas del visitante. Conque, mira por dónde, la abundante comida o el ajeteo movieron el vientre del señor obispo tan reciamente que, con discreción, tuvo que preguntar al vicario por un lugar suficientemente privado para aliviar su necesidad. Con enorme satisfacción se le indicó el improvisado retrete y allá que fue nuestro prelado para evacuar y no precisamente consultas. Pero al aldeano apercebido para el caso, que siempre había puesto el huevo a la primera, le faltó tiempo, en cuanto vio que había pasado el primer envió, para dar el brochazo consiguiente con decisión y energía. Sorprendido el obispo ante tan inesperado ataque se levantó sobresaltado y quiso observar qué extraño y diabólico fenómeno le tentaba por su parte menos sagrada. El aldeano que

percibió movimiento en el trono y pensó que su trabajo no había quedado completo, lanzó un segundo viaje con el hisopo en el momento justo en que su eminencia asomaba el rostro, dejándole hecho un Tobías y rebozado en la naturaleza de sus propia cámaras. Esto digo y no miento, que como me lo contaron lo cuento.

Recuerdos pinariegos

Mis primeros recuerdos de la Tierra de Pinares van unidos, inexorablemente, a la infancia y primera juventud cuando, en las tardes ociosas de verano, decidíamos unos cuantos amigos hacer una excursión desde Viana de Cega hasta el Arrabal de Portillo. Estos paseos en bicicleta constituían, además de un excelente sistema para combatir el tedio, un magnífico ejercicio para piernas adolescentes. En nuestros itinerarios —seguíamos habitualmente dos, por la carretera de las maricas o por el camino del Cardiel a enlazar con la carretera de Valdestillas—, no encontrábamos un alma, a no ser que considerásemos tales a los toros del Raso Portillo que sesteaban indiferentes a nuestro paso. La ida o venida, en cualquier caso, nos deparaba la oportunidad de hacer un alto deseado en la Pedraja para pedir un vaso de agua en alguna puerta amable (que normalmente eran todas) o para charlar un rato con algún aventado que, como nosotros, no le tenía miedo al sol.

Tan entrañables como éstos son los recuerdos acumulados en las primeras recopilaciones que hice en mi vida (allá por el año 1965) a Plácido Pascual Calle, de quien aprendí temas que después pasarían al repertorio que interpretaba en recitales o discos. Me refiero a romances como el célebre de "El Corregidor y la molinera", "La dama y el pastor" (por cierto, el primer romance documentado por escrito, ya en 1420), o "La infanticida". Canciones de época como "La Petenera", y otras tradicionales de ronda, toreras o de siega que Plácido había ido acumulando y acopiando de diferentes fuentes. Todos estos temas y otros cantaba y contaba con facilidad aunque en ocasiones, cuando se le atravesaba alguno, tuviera que dar una vuelta a la casa para coger el hilo y volver

con ello ensayado: "Cago en la mar" –decía–; "espera, no graves". Y regresaba al cabo de unos minutos con el fragmento refrescado en el memoria para poder continuar cantando.

Más cercanas en el tiempo fueron las visitas a la Pedraja mientras estaba realizando el *Catálogo Folklórico de la Provincia de Valladolid* con mi hermano Luis y José Delfín Val. Allí acudíamos a escuchar a María Gómez, a Micaela Encinas (mujer de Plácido) o a Emilia Sanz (quien residía allí aunque fuese de Aldeamayor); en una tarde salían mil temas, desde cómo hacer buenos bollos hasta cómo elaborar un detergente con raíces jaboneras; desde la prehistoria del pueblo hasta las plantaciones y molinos de rubia de los que ya habló Antonio Ponz a su paso por Tierra de Pinares hace dos siglos; desde el Cristo del Amparo a las rogativas con que se pedía agua en los difíciles años de sequía:

*Santo Cristo del Amparo / nuestro Padre y Redentor
agua te pedimos todos / danos el agua Señor.
Danos el agua, Señor / aunque no lo merezcamos
que si por merecer fuera / ni aun la tierra en que pisamos.
Agua pide el artesiano / agua pide el labrador
agua te pedimos todos, / danos el agua, Señor.*

Todo; canciones, romances, cuentos, adivinanzas, refranes (como aquél de "La Pedraja y Portillo son dos lugares, donde mean y cagan los alcotanes", que no he visto recogido en ningún refranero antiguo ni nuevo), reflejaban la riqueza y variedad de una cultura oral centenaria y de gran valor, de la que estábamos enamorados como quinceañeros. De vuelta a Valladolid, cuando veíamos algún alcotán persiguiendo a una cogujada, decíamos instintivamente, casi a trío: "La Pedraja y Portillo, son dos lugares..."

El colegio

De mis primeros años de colegio recuerdo más situaciones que objetos: quedan en la memoria, por ejemplo, los momentos en que los Hermanos (estudí en el Colegio de Lourdes, por tanto con los

Hermanos de La Salle) nos llevaban en fila atravesando el Puente Mayor hasta "La Finca", una extensión plagada de campos de fútbol de todos los tamaños donde pasábamos una tarde ejercitándonos al aire libre: o aquellos otros en que, quitando minutos al recreo, nos reuníamos los integrantes de la Escolanía para ensayar... Entre las muchas circunstancias retenidas hay dos, sin embargo, que sobresalen muy por encima de las demás: El momento de besar la mano al profesor y las alubias del Hermano Federico. Acerca de la primera sólo recordaré la costumbre —perdida paulatinamente— de acercarnos todas las mañanas a la mesa de nuestro maestro para besar su mano; sin duda que para esta cortesía comprometida los Hermanos se lavaban cuidadosamente con un tipo de jabón cuyo aroma aún se percibía con intensidad en la hora temprana de la primera clase. Observaba yo un aire algo artificioso en esta formalidad, como si algún maestro de ceremonias hubiese insistido hasta la saciedad en el noviciado sobre el modo correcto de extender la mano para el rito (con la palma hacia abajo, ofreciendo los dedos como asidero y el dorso para el ósculo). Lo del Hermano Federico era otra cosa; el Hermano Federico era tan alto como singular y en una de sus originalidades le dio por plantar alubias en una lata, añorante tal vez de los campos y huertas abandonados en su niñez al entrar en Bujedo. Con la noticia de la instalación del minifundio nos transmitió la prohibición de acercarnos a menos de un metro de la susodicha lata y, desde luego, nos advirtió del peligro que correría nuestra integridad física si se nos ocurría tocar lo que allí saliese con nuestras manitas pecadoras. La plantación le servía al Hermano Federico también para extraer algún recurso didáctico, pues además de ser un lugar decente donde nos podía mandar cuando se hartaba de nosotros ("¡A la lata!", gritaba mientras nos señalaba el emplazamiento en que, de espaldas al resto de los compañeros, debíamos permanecer, mirando las alubias, durante la hora entera de la clase), constituía una perfecta excusa para justificar algún que otro varetazo: "¿No veis lo que les pasa a las alubias? Para que crezcan derechas hay que utilizar una caña como soporte. Vosotros sois lo mismo: si no uso la caña os torcéis". ¡Pobre Her-

mano Federico! Con qué seguridad aplicaba a la vida real el ejemplo de la Naturaleza...

De los cuarenta para arriba...

Hace poco celebramos, quienes salimos del Colegio de Lourdes hace veinticinco años, las bodas de plata de nuestra promoción. Por una serie de circunstancias me tocó de nuevo en suerte la responsabilidad de salir a la pizarra para hablar ante mis antiguos compañeros. Me resultaba difícil, sin embargo, hoy como ayer, alzarme como intérprete de las sensaciones de toda una generación, de sus ilusiones y sus realidades. Traducir los propios sentimientos al lenguaje de todos o convertir en gestos una vida, sería además, como traicionar la propia intimidad. Me quedaba la esperanza de que el recuerdo compartido de tantos sueños en estancias comunes nos hubiera dejado una misma capacidad para la emoción. Pedí pues, que fuésemos por un instante espectadores de nosotros mismos y volviésemos, con la añoranza de la juventud perdida, nuestra mirada a un ayer no tan lejano: "Veinte años no es nada" —decía Carlos Gardel— y veinticinco se me antojaban, a estas alturas, muy poca cosa. Porque, conscientes de ello o no, todas las situaciones vividas en aquella época estaban ahí, al alcance del recuerdo: Las íntimas amarguras, la alegría descontrolada, la sensación primeriza y desconocida de la angustia, las bromas, las pequeñas ambiciones, la generosidad compartida, la envidia amarga, el sutil desasosiego de los pasillos vacíos; las aulas vivas donde treinta o cuarenta pequeños mundos, hechos de paisajes interiores, contemplaban el paso de las horas, entretenidos por la ciencia y con frecuencia seducidos por la distracción de las ventanas. Ventanas que a ratos dejaban entrar el ruido de la ciudad viva o las figuras caprichosas de las nubes como mechones blancos. Ventanas que transmitían como un espejo los reflejos húmedos del jardín en otoño o los instantes dorados de cualquier crepúsculo... Y qué decir de las tardes de junio somnolientas con el rumor de los insectos y el canto de los pájaros recordándonos

que la vida estaba fuera, en el jardín. Aquel jardín del estanque verdoso y tonos de paraíso prohibido donde todo era extraño y distinto, desde la desconcertante crueldad del águila, mirándonos con ojos que hablaban otro lenguaje, hasta el perfume de las rosas o la floración de los arbustos...

Ciertamente no se respiraba el mismo aroma al subir desde el patio de abajo; el efluvio artificial de las cocinas, con la oronda personalidad del hermano Ladislao o el hermano Fermín a la puerta, eran la respuesta maniquea a tanta y tan atractiva belleza.

Y presidiéndolo todo la figura del maestro, del Hermano, del educador. Aquel "Ave María purísima", o el "Usted lo pase bien". La mano que estaba allí para guiarnos a través de la confusión y del misterio; esa mano que, lo mismo se dejaba besar que nos atizaba un capón en las horas infelices de la incomprensión. Cuántos rostros vigilantes, cuántas preguntas sin respuesta, cuántas filas derechas, cuántos silencios contenidos...

Ahora que podríamos hablar, sin embargo, las palabras tienen otro valor y otra densidad. Nos sabemos casi todas las lecciones (al menos eso nos parece) y son otras las bocas que demandan contestaciones; Otras existencias las que requieren el consejo. Afortunadamente ya no tardan tanto como entonces en pasar los días; todas las edades tienen su premio y, así, los problemas de ahora suelen resumirse en la falta de tiempo o en el exceso de trabajo. No tienen nada que ver con la exactitud, a veces exasperante, de los horarios colegiales: Misa, clase, recreo, clase, comida, clase, vela, bendición, etc., y así una y otra vez. Sólo los paseos a la finca para hacer deporte o las visitas extraordinarias del delegado de Nestlé con el reclamo de sus cromos de colores, demostraban que podía existir lo imprevisto.

Y ahora que hemos vuelto al Colegio para pasar dos días juntos, creo honradamente que no merecen la pena los balances. Todos hemos disfrutado y sufrido entre esas paredes y sólo nosotros conocemos el alcance de aquellas impresiones. Pero los recuerdos infantiles, aunque sólo consistieran en escenarios azulados y sueños imposibles, serían el mejor recurso para demostrar que hemos vivido.

Con los cuarenta años, la existencia del ser humano empieza a fluctuar entre el futuro y el pasado, y dicen que en el equilibrio está la dicha. Lo que parece innegable es que, de los cuarenta para arriba, además de vernos obligados a observar las precauciones que aconsejan aforismos populares, el recuerdo brota como un venaje inevitable y complaciente.

II. Balbuceos de Babel

*La certidumbre de que todo está escrito
nos anula o nos afantasma.*

JORGE LUIS BORGES: *Ficciones*

Las campanas de Valladolid

Era costumbre secular en nuestra ciudad, y sobre esto ya he escrito alguna vez, la de avisar de un peligro grave, como incendio, inundación, etc. por medio de las campanas; cada barrio, apiñado alrededor de una parroquia, tenía asignado un número de toques para que, una vez efectuado el de rebato, los voluntarios supiesen hacia qué calles habían de dirigir sus pasos a prestar ayuda. Así, la Catedral daba un toque, la Magdalena 2, la Antigua 3, San Martín 4, San Miguel 5, San Esteban 6, San Juan 7, San Pedro 8, San Andrés 9, San Nicolás 10, San Lorenzo 11, Santiago 12, El Salvador 13 y San Ildefonso 14. Alguno se preguntará si el sacristán con los nervios del momento no dirigiría a los vecinos hacia el punto menos indicado. Pues en efecto; así sucedía con frecuencia. Y si esto pasaba en Valladolid que sólo tenía catorce parroquias, imagínense lo que podía suceder en Madrid. Tan grave se puso el problema, que en 1864, un tal López Oliveros

envió un *Manual indicador* al Ministerio de la Gobernación para que lo pusiera en práctica. Claro que, si uno lee el proyecto, sospecha que induciría a más confusión si cabe. Sirva como muestra este párrafo: "Ocurre un incendio en el nº15 de la calle de las Huertas, casa que en el indicador tiene el nº1525, por ejemplo. Las dos campanas de la Parroquia que dan la señal tocarán, dando la primera campana una campanada que señala el número 1 y la segunda 5 campanadas; dos otra vez la primera y cinco la segunda". O sea que si uno se perdía contando toques podía aparecer en Móstoles con un poco de suerte.

Las campanas tenían y tienen una vida limitada, así que no era extraño que, de vez en cuando, alguna se abiera o el badajo se rompiera enmudeciendo temporal o definitivamente. En otras ocasiones no era el tiempo o una defectuosa fundición lo que acababa con el tañido familiar y útil de la campana, sino la "piqueta revolucionaria" como sucedió en septiembre de 1868 cuando las masas exaltadas echaron al suelo casi todas las de Valladolid. Nuestra ciudad quedó en silencio durante algún tiempo mientras se extinguía el furor de los más encendidos anticlericales y, poco a poco, prudentemente, fue reemplazando los antiguos broncees por otros nuevos costeados por ricos "propietarios", como entonces se decía, o por el fervor de la feligresía que echaba de menos su sonido. De hecho, casi toda la vida de la ciudad se regía por el toque —no siempre desesperado, afortunadamente— de la campana. Había volteos que anunciaban actos religiosos y otros civiles (en la Antigua, por ejemplo, existía una memoria para que tocara la campana mayor la víspera del día en que había grado de licenciado de la Universidad). El sacristán o campanero cumplía su obligación como si estuviera oficiando un ritual y se ayudaba casi siempre para ello de cancioncillas que correspondían fielmente a los tirones que debía efectuar en cada cuerda. Alguno se excedió en sus funciones, causando más mal que bien con su celo, como sucedió en la Catedral un día de Corpus de 1730, cuando, echada a volar la campana grande a toda velocidad, se rompió. La reparó, según nos relata Ventura Pérez en su *Diario*, Raimundo Rodríguez, vecino de Villanueva de Duero, y la subió con un

torno desde Los Caños, Pedro de Rivas. Más cercano en el tiempo estuvo el trance que casi ocasiona el jubiloso sacristán de San Lorenzo al confundir un toque de alegría procesional con el "reloj suelto" y voltear con tal energía la campana que el badajo salió disparado, yendo a caer a los pies de un anciano a quien, con toda seguridad, le salvó su lentitud evitando así el peligro que le venía de lo alto. Por todo ello, la gente de la ciudad se quejaba de los toques extemporáneos (como el de unas monjas que al acabar una obra de albañilería se alegraban echando las campanas al vuelo), excesivamente violentos (como el de los campaneros que subían a las torres sólo para hacer ostentación de fuerzas, dañando los oídos y las pobres fábricas de las iglesias que tenían que reponer las campanas rotas). ¿Que quién reponía esas campanas? Había algún fundidor ambulante —casi todos los campaneros eran o habían sido ambulantes— que establecía su taller temporalmente en nuestra capital para atender todas las demandas que se presentaran; enviaba cartas a los párrocos de la diócesis ofreciendo sus servicios y esperaba a recibir solicitudes que siempre llegaban. En algún caso, si era fabricante avalado por su seriedad, bastaba con que enviase los avisos a los párrocos desde su casa y éstos le contestaban por correo a su domicilio. Cuando había reunido suficiente número de peticiones como para justificar un viaje, el artista se desplazaba. Tal ocurría el siglo pasado, por ejemplo, con Nicolás María Díez, de Villarente (León) quien, además de en Europa y América, compuso y fundió campanas para las torres de León, Astorga, Zamora, Palencia, Santander, Burgos, Oviedo y, cómo no, Valladolid. O con Fernando Ballesteros y Lastra, de Meruelo (Santander) quien surtió de campanas a los pueblos de Rueda, La Seca, Villaverde de Medina, Renedo de Esgueva (donde estableció su obrador en muchas ocasiones) y Valladolid.

Más recientemente, ya avanzado el siglo XIX, algunas fundiciones locales de tipo industrial (como la de Prádanos, en la calle Cantarranas, y la de Cuny, en Fuera el Puente 11) empezaron a hacer la competencia a los artesanos tradicionales, acabando, como en tantos otros casos, con una antigua costumbre.

Más sobre campanas

Después de este primer escrito sobre las campanas en Valladolid, muchos amigos vinieron a recordarme datos o curiosidades acerca del tema, instándome a que completara los aspectos menos conocidos de este sonoro instrumento. Aun a riesgo de resultar pesado, no resisto a la tentación de insistir sobre ello. Para empezar, ¿se han fijado ustedes en el rico vocabulario que genera su uso? La campana puede sonar, doblar, repicar, tocar, vollear, voltear... Eran tantos los toques diferentes que casi a cada instante se le podía denominar de un modo distinto. Había tres momentos del día que eran recordados a través del sonido de los bronces: El alba, toque que recibía el nombre de "Ave María", el mediodía, que correspondía al "Angelus", y el ocaso que era cuando la campana tocaba a la oración. Junto a estos tres hitos cotidianos sonaban recordatorios de actos litúrgicos, como misas, rosarios, procesiones, bodas, funerales y toques de difuntos. Y entremezclados con ellos, convocatorias a acontecimientos civiles o religiosos como podían ser el toque a concejo, a hermandad o cofradía, a vecera, a fuego, a vísperas, o incluso contra el nublado que amenazaba la cosecha. Hay gente mayor que todavía recuerda cuando se convocaba por medio de la campana a concejo abierto en el que, de forma ordenada, cada vecino expresaba sus carencias o se tomaban decisiones colectivas; hace poco, durante un viaje realizado al valle de Ancares, en León, he visto tocar a vecera para que el ganado se reuniese junto a la fuente del pueblo y la persona a la que le tocaba el turno saliese hacia el monte con las cabras de todos los convecinos. Hermosa, justa y solidaria forma de convivencia que soluciona de manera práctica el problema de cada vecino que tenga que salir diariamente con su ganado; así, cada tres o cuatro cabezas, por ejemplo, obligan a conducir el rebaño propio y el de los demás un día a la semana, repartiéndose de ese modo la pesada carga de estar todo el día pastoreando y permitiendo, al mismo tiempo, la realización de otras tareas ineludibles.

Otro detalle que pone de manifiesto la solidaridad comunal, por desgracia debilitada de día en día, era el de las cofradías. Prece-

dente honroso de organizaciones que hoy realizan sus funciones de forma mucho más fría, la cofradía cumplía, a través de sus miembros los cofrades, con el humanitario deber de acompañar en la agonía a un hermano o de enterrarle en sagrado aunque hubiese muerto lejos de su tierra. Pues bien, hasta la agonía de ese ser humano tenía su toque campanil especial que convocaba al resto de la comunidad a despedir a uno de sus miembros. Para distinguir después si quien había muerto era hombre o mujer, el sacristán tocaba un número diferente y determinado de veces (tres para el hombre y dos para la mujer, por ejemplo). La muerte estaba presente de modo natural y consciente casi todos los días del año, aunque había uno especialmente —mejor dicho, una noche— en que, o bien para recordar a los seres queridos que se fueron o bien para evitar que sus espíritus volvieran —que para todo hay interpretaciones—, una persona (el sacristán o algún cofrade de Animas) se encargaba de doblar durante la noche con un toque lento y lóbrego que en el silencio y la quietud nocturnas se hacía más dramático: Era la noche de difuntos; y ya he escrito alguna vez que el encargado o encargados de hacer sonar la campana reunían leña (a veces víveres y bebida también) y, si bien no frecuentemente, podían acabar la noche o en borrachera (que igualmente era sonada) o en incendio, pues la lumbre preparada para calentarse alcanzaba alguna madera de la torre y se comunicaba al resto de la iglesia.

La campana era, pues, un símbolo popular aunque sobre él sólo tuviesen jurisdicción ordinaria determinadas personas: El párroco, quien asimismo tenía el privilegio de ver su nombre perpetuado a veces en el bronce (muchas campanas llevan inscrito, además de "JHS", "Ave María" y el año de fabricación, el nombre del cura que las encargó: "Se hizo siendo párroco don Fulano de Tal"), y el sacristán, aunque éste tuviera que delegar sus poderes en otra persona para que efectuara los toques preceptivos cuando él acompañaba al párroco en procesiones o entierros, haciendo bueno aquel antiguo refrán que dice: "Repicar y andar en la procesión, cosas incompatibles son".

Sólo una vez al año callaban las campanas, sustituidas por las ásperas carracas, como testimonio de respeto a la tristeza de la

Iglesia por la muerte de Cristo. Restallaban entonces las lengüetas y los mazos de carracones y matracas cumpliendo, con el mismo orden y precisión, la tarea habitual de las campanas mientras esperaban éstas, desatada la cuerda del badajo para alejar tentaciones, que llegara el día de Gloria para volver a sonar.

Los ciegos y sus coplas

La figura del ciego cantor (y vendedor) de pliegos con coplas y romances, aún pervive en la memoria de gentes que han nacido después de nuestra última Guerra Civil. Es por tanto, pese a la aparente ranciedad de la imagen, un hecho reciente cuyas líneas maestras, atractivas y populares, están latentes en la retentiva de muchos, a quienes una simple evocación basta para despertar situaciones, cantinelas, aleluyas de cartelón y otras instantáneas dormidas o aletargadas en la trastienda del recuerdo. Ha sido el ciego desde hace varios siglos —y basta con repasar manuales dedicados a la literatura popular para comprobarlo— un creador e intérprete con características lo suficientemente marcadas como para causar un rechazo o una devoción en su auditorio; y puede asegurarse que los ciegos sabían, bien por un sentido desarrollado de la orientación, bien por un agudo olfato comercial, dónde colocarse en cada población para que nadie quedase indiferente a su reclamo. Acerca de quienes se quejaban de su influencia sobre la gente, cabría hacer un análisis sosegado para comprobar si sus reproches estaban basados en una auténtica filantropía o surgían más bien de un prejuicio hacia el medio de difusión utilizado al que se consideraba demasiado "vulgar" o poco noble. Lope de Vega, por ejemplo, ya se queja en un Memorial del flaco favor que los romances y canciones transmitidos por los ciegos hacen al gusto y moralidad públicos; lamenta al mismo tiempo que algunas de sus obras anden impresas sin su permiso y, lo que es peor, ignorando su autoría, careciendo además de la correspondiente licencia o presumiendo de Comedias sin ser tales. Recuerda Lope que una antigua costumbre permitía a los ciegos aprender oracio-

nes para ser recitadas ante las puertas y obtener de ello limosna, pero de aquella inocente tradición a este hábito tan perjudicial le parece que va un abismo. Jovellanos, ya en el siglo de las luces, rechaza la proposición del impresor Ybarra para editar sus poesías en pliegos que puedan ser vendidos por los ciegos en las plazas. Detrás del recelo, habitual entre los intelectuales, hacia esta forma de comunicación tan directa y descarnada uno cree ver, además de aceptables críticas a una literatura de ocasión, una cierta envidia hacia un fenómeno verdaderamente popular o, incluso, hasta un cierto pavor a enfrentarse con la posible reacción inmediata e inmisericorde del público hacia la obra de arte.

Por otro lado, y ya en el siglo XIX, se producen protestas entre medios de comunicación "serios" por la poca fiabilidad de las noticias divulgadas por los ciegos en papeles impresos. Hay también un exceso de proteccionismo en los gacetilleros y periodistas hacia el público, al que se intenta defender de patrañas y exageraciones poco acordes "con los tiempos modernos que corren". Se quejan los concienzudos cronistas de que los ciegos cantan coplas contra el Papa (aunque no dicen que es porque se ha metido en terrenos políticos), contra el Rey (cuando éste es Amadeo, un monarca extranjero), o contra la propia Constitución (cuando ésta no refleja el sentir y los deseos de libertad de una Sociedad en proceso de mutación). Pero lejos del apasionamiento transitorio de esas opiniones uno cree adivinar en la actitud valiente y decidida de los ciegos cantores un prototipo radicalmente contrario al que se nos ha descrito en algunos libros sobre la literatura de cordel y sus difusores. No hay duda de que tan audaz comportamiento era secundado en ocasiones por Hermandades u Organizaciones que amparaban colectivamente esos atrevimientos, pero aun así hay que reconocer una actitud progresista y decidida en quienes podían adoptar posiciones cómodas o conformistas escudados en su desvalimiento.

Valladolid fue el verdadero centro regional de creación, publicación y difusión de pliegos; sólo de la Imprenta de Santarén salieron millones de ejemplares con las temáticas más diversas: crímenes, brujería, religiosidad popular, gozos, novenas, roman-

ces amorosos y de desamores, así como relaciones ocasionales referidas a sucesos políticos o sociales del momento; como aquél que cantaban los ciegos por las calles después de que José Bonaparte anunciara a los españoles, mediante la fijación de pasquines, sus pretensiones:

*En la plaza hay un cartel
que nos dice en castellano
que José, rey italiano
roba a España su dosel.
Y al leer este cartel
Manolo, pon ahí debajo
que me cago en esa ley
porque acá queremos rey
que sepa decir carajo.*

¿Es imaginable esta retahíla u otra similar en un ciego de nuestros días que con pacífica monotonía anuncia simplemente que "para el sorteo de hoy"? Evidentemente está lejos la época en que los cantores invidentes reunían a su alrededor, en la plaza de Fuente Dorada o en la plazuela de los Ciegos, a varios centenares de personas emocionadas o enardecidas por sus panfletos y proclamas. Nuestra Sociedad actual ha elegido —todas las civilizaciones y culturas conocen metamorfosis en el concepto de la Libertad— otras formas de desasosiego, pasando por alto figuras tan dinámicas e influyentes como las de los ciegos callejeros o reduciéndolas al simple papel de modernas pitias que machaconamente insisten en que "la suerte puede llegar en cualquier momento".

Un Vallisoletano, pionero del "Marketing imperativo"

La comunicación de masas parece un modo de transmitir avisos bastante moderno y compañero inseparable de la Sociedad industrial más avanzada; palabras como "mercado", "mensaje", "imagen", "consumo", etc. son tan habituales para nuestro lengua-

je cotidiano que no nos las imaginamos enmarcadas en el pasado siglo. Y sin embargo, para todo hay pioneros: Don Eusebio Suero, comerciante vallisoletano que tenía una tienda de guantes en la calle Orates 2 (ahora Cánovas del Castillo), se entretenía ya en 1878 en poner, en los periódicos de su época, anuncios que bien podrían ser clasificados por los expertos publicitarios como de "comunicación imperativa". Decía don Eusebio sin el menor recato: "El que tenga sabañones / y se los quiera quitar / venga a mi tienda a comprar / no pierda estas ocasiones, / que de todas hinchazones / se verá en breve curado / si de guante bien forrado / se surte, según espero / pues, por tan poco dinero / ¿quién anda desabrigo?". Todos los días ofrecía su mercancía en deliciosas décimas dirigiendo sus versos a jamonas, caballeros de edad madura, pollos y pollitas; para todos tenía palabras don Eusebio quien, por activa y por pasiva quería demostrar que comprar en su guantería era lo más juicioso, lo más elegante, lo más provechoso para el amor y lo más económico: "Para adornar con primor / una mano de un buen guante / yo convidó al elegante / que teniendo algún valor / se acerque a mi mostrador; / yo no lo voy a retar / sólo quiérole probar / que si busca economía / en esta mi guantería / es do la puede encontrar". A veces subrayaba con un paternal "no lo olvidéis" o con un autoritario y convencido "he dicho" sus propias producciones poéticas. En una época en que el sentimiento regionalista estaba envuelto en ideologías románticas, él llamaba a una lucha bajo la bandera de la elegancia y contra los precios: "Castellanos: Cada día está mejor / aqúeste almacén surtido; / sumamente abastecido / tengo yo mi mostrador. / Espero, en vuestro favor / llegaréis aquí constantes: / ánimo pues, elegantes, / no descuidéis vuestras manos / os lo digo, castellanos / seguid comprándome guantes". Ponía Eusebio Suero en su verbo los cuatro elementos primordiales para la comunicación imperativa: a) Dotes de convicción; b) Autoridad para convencer; c) Razones para ello; d) Indicación exacta de lo que pretendía que hiciera la persona a quien estaba convenciendo. La última muestra que ofrezco es un paradigma del buen anuncio que contiene, por lo menos, todos estos ingredientes publicitarios: Relación directa -casi íntima-

con el público; variedad de ofertas; repertorio de dificultades salvadas en la fabricación, que hacen más valioso el producto final; deseo de servicio al comprador, etc: "Público para mí ya tan amado / sólo servirte quiero con anhelo / sintiéndome hacia ti tan inclinado / esta tienda monté con tanto celo; / en ella buen surtido he colocado / de ricos guantes, mas si algún desvelo / he tenido al poner mi guantería / al verte aquí renace mi alegría". Todo un lince este don Eusebio.

Primavera

Entre los antiguos, el comienzo de la primavera era anunciado por la llegada de las golondrinas; éstas, protegidas inteligentemente desde siempre (dada su condición beneficiosa de insectívoras) por piadosas leyendas, comenzaban a construir diligentemente sus nidos en tenadas y colgadizos amasando el barro con su saliva; saliendo y entrando mil veces, despreocupadas de la presencia humana. La hermosa tradición de que arrancaron las espinas de la corona de Cristo quedando indeleble en su garganta y frente el tinte rojo de la sangre sagrada, les convertía en seres protegidos de las bárbaras pilladas infantiles, que terminaban cebándose en los pobres pardales.

En el colegio y la escuela se repetían, como si la estación viniese a alentar el pálpito de una vena poética, versos y poemas más o menos serios, desde el clásico pareado machadiano "la primavera ha venido / nadie sabe cómo ha sido", hasta el cruel y ripioso "primavera, primavera, / flor gentil de la ilusión / por ti florece la pera / el chorizo y el jamón", que, a mis ojos al menos, convertía la hermosa época en una especie de prosaico colmado lleno de cajas de frutas y de productos de matanza colgados de sus vigas. Lo de la "prima Vera" era el acertijo, más cursi si se quiere, con que las niñas contribuían a engrosar el repertorio de chascarrillos. En realidad, lo que las lenguas anunciaban era el reflejo de un estado de ánimo: no es que la primavera alterase la sangre, sino que la hacía más fluida, otorgando a los sentidos una

sensibilidad que el invierno les había negado. A esa impalpable inquietud contribuían los días más largos, el cielo más limpio, los tiernos brotes de los árboles y plantas, la vida –en suma– que comenzaba a desperezar como cada año.

Hoy día son otros gorjeos los que se anticipan a comunicarnos este mensaje; los departamentos comerciales de los grandes almacenes, aprovechándose de la cristiana costumbre de celebrar el día del padre o de la madre, han hecho florecer además en el calendario la fiesta de los enamorados, la vuelta al colegio, la ida de vacaciones, la montaña, la nieve, el mar, la playa, la Navidad, el libro, la oferta de oro, la oferta de plata y la intemerata. "Es primavera". ¡Cómo! ¿Y usted con esos pelos? Despójese inmediatamente de su gabán de equis miles de pesetas y de su bufanda rebajada en enero y póngase al día, hombre; y usted, señora, ¿nota como si le picase su hermosa faz?; naturalmente que sí: es su maquillaje que tenía fecha de caducidad y le está pidiendo a gritos esa "luz de primavera" (no le importe no saber pronunciarlo si viene en otro idioma) que le va a hacer más mujer, más feliz y más todo...

Y allá vamos en tropel, como si el perder esta oportunidad fuese esencial para nuestras existencias; y nos ponemos la etiqueta, y nos quitamos la etiqueta y nos lo llevamos –sí, sí, me lo llevo puesto–, y lo pagamos Dios sabe cuándo en cómodos plazos que llegan (como la muerte) en el momento más inoportuno; y todo esto nos distrae para no echar de menos esos ojos de ver golondrias que se han cerrado para siempre.

La voz de la ilusión en Navidad

Estas fiestas tan felices me aturden; todo es ruido, gritos extemporáneos, confusión, sonrisas automáticas y gastos superfluos. Belenes vivientes donde el niño se inquieta, la virgen se preocupa, san José aguanta, la vaca muge y la mula se come la mitad del heno del pesebre. Los felices son más felices y los infelices lo pasan mucho peor; los vínculos cercanos se estrechan y

las diferencias se tornan abismos. Media Humanidad se desea paz mientras la otra media se mata, ávida de venganza y ciega de rencor... Y, sin embargo, cada Navidad volvemos a caer en el pozo del calendario, ocupados como estamos con el divorcio entre el espíritu que desea y el mundo que decepciona; las guerras tejen sobre los pueblos la red de la desesperanza en la que queda atrapado todo el género humano. Y a pesar de todo llega uno a olvidarse de esos momentos en que la vida y la muerte nos adelantan, para entretenerse aspirando el aroma del tiempo pasado o sintiendo nostalgia en el espejo de los jóvenes ojos, que pasan indiferentes a nuestro lado, y en cuyo brillo parece que el mundo tiene un sentido que nos sobrepasa y que no nos pertenece. Una vida cotidiana en la que no existen la tristeza y las depresiones porque todo ha de responder a una estética y un orden preparados: Como un anuncio de televisión, dinámico, alegre, incitante, absorbente y sustituible inmediatamente por otro, y luego por otro y otro y otro... La inercia de la sociedad actual no deja tiempo para la reflexión porque ello supondría crear en el individuo una conciencia constante, tensa, y por tanto crítica. Pero la exigencia propia es moda que no se lleva esta temporada y en consecuencia está fuera de tiempo y de lugar. Es preferible que nos las arreglemos con lo que existe, seamos fieles al ciclo monótono y no añadamos motivos de "inseguridad" a la aparente tranquilidad de las cosas seguras.

Sin embargo, quisiera creer que entre quienes leen estas líneas, aún hay algún rincón recoleto donde espera agazapada una ilusión distinta, que nada tiene que ver con el consumo enloquecido, ni con las prisas, ni con los malos modos, ni con las envidias, ni con la ambición de riquezas, ni con los coches rápidos y potentes, ni con los mejores videos, ni siquiera con el hecho de pasar unas fiestas despreocupadamente felices. La ilusión de poder creer cada día que uno es mejor; que se esfuerza por hacer más fáciles y positivas las cosas a quienes le rodean al no esperar grandes milagros de los gobiernos ni de los políticos, porque prefiere empezar la casa por abajo, y no responsabilizar a las autoridades de todo lo malo. La ilusión de no tirar papeles al suelo de las calles porque

confía en que una ciudad limpia es más cómoda para todos; la ilusión de no dar bocinazos ni voces a deshora porque piensa en ese anciano recluso en su cuarto de estar al que el ruido de un claxon sobresalta y molesta; la ilusión de respetar señales de tráfico aun siendo peatón porque están ahí para contribuir al orden... Es paradójico que todas estas ilusiones, y otras muchas que se le ocurrirán a cualquiera que tenga un mínimo de imaginación, constituyan, pese a su aparente carácter normativo, el código más revolucionario que concebirse pueda en este momento; de hacerse realidad, cambiarían por completo nuestro entorno y darían sentido a palabras vacías ya de contenido como ciudadanía, solidaridad o educación. No estoy confundiendo al enemigo, no. El enemigo no es ese energúmeno que rompe la farola o destroza una papelería para provocar la hilaridad de su grupo o para demostrar que también es capaz de ostentar brutalidad u osadía en territorios que no son los suyos; a ése, sus hijos le sacarán los ojos y bastante dicha tendrá con no ver que sus nietos le sacarán la lengua. El enemigo está en nuestra propia desidia, en la apatía que nos deja inermes; en no saber mantener alta la bandera de lo bello, de lo honrado, de lo digno y de lo noble. El enemigo está en la desilusión con que dejamos que gire y gire la rueda del año sin saber muy bien qué papel nos ha dejado jugar la sociedad que todo lo programa y lo controla. Ahí está el "quid". Cuando la ética se convierte en algo tan elevado que parece un aerostato al que ya resulta difícil vislumbrar; cuando la estética es tan colorista, superficial y presumida que sólo espera verse enmarcada y colgada en una galería de arte, uno debe volver su mirada a la tierra, a lo real, y que sus pupilas se empapen en las charcas de lo cotidiano donde se reblanecen las alas de cartón del orgullo ignorante.

Y ahí, sobre las ruinas de tanto corazón desabrigado, que son como ese espejo frío matutino donde se refleja la miseria de la sociedad antes de los afeites, debe uno alzarse aguzando el oído para no seguir insensible a la llamada de una voz que cada año se aviene a que le pongamos en un pesebre para darnos cumplido ejemplo de ilusión. Ilusión que no transmiten los altavoces estruendosos ni las luces parpadeantes, remedo de estrellas orien-

tales; ilusión que no consiste en hacer las cosas bien una vez al año sino después, o antes, cuando no hay panderetas que acompañen los sollozos de las soledades ni turronec que endulcen el agrio paladar del contratempo. A esa ilusión me aferro porque es la única que me ofrece confianza susurrándome al oído que todo puede ir mejor.

Navidad para todo el año

Y es que la Navidad, por ser actualmente una época en que los acontecimientos normales dejan de serlo y los que no lo son acceden al primer plano de la actualidad, ha venido a representar lo que en otros tiempos supuso para las relaciones humanas el Carnaval, por ejemplo. Es decir, un período de inversión de protagonismos y sentimientos, sobre los que el ser humano tiene cada vez menos posibilidades de reaccionar desde esa inercia de acontecimientos sociales, comerciales, de moda y de toda índole que, como un alud se precipitan sobre su atribulada cotidianeidad. Y por todo ello es, además, una época en que se renuevan los miedos, los temores instintivos: Miedo a que la felicidad dure tan poco; miedo a que el desasosiego del resto del año no se resigne a mantenerse inactivo durante estos días; miedo redivivo a que los magos nos traigan carbón por nuestro comportamiento; miedos solapados en medio de luces parpadeantes y melodías familiares.

Mis temores íntimos, paradójicamente, están en el ámbito público. Tengo miedo a que no sepamos reaccionar ante la indiferencia, cuando no la vesania, con que algunas personas tratan el lugar en que viven al que, innegablemente, no consideran como algo propio, como una prolongación de su entorno familiar: El que escupe en la calle, el que tira papeles y cáscaras de pipas al suelo, el que oprime frenéticamente y sin necesidad la bocina, el que vocifera a las cuatro de la mañana sin motivo, el que deja los cascos rotos de la ilusión en los rincones de las plazas... Tengo miedo a que no sepamos transmitir a las generaciones que nos sucedan ningún símbolo aprovechable.

Como éste es también tradicionalmente un tiempo de esperanza, en ella me refugio para apelar al buen sentido de nuestros gobernantes, así como a la conciencia crítica de cada uno de nosotros. No cometamos errores que ya cometimos anteriormente y ahora lamentamos. La felicidad no reside solamente en unas fechas del calendario sino en la capacidad constante del ser humano para mejorar la calidad de su vida y de las vidas de quienes le rodean. Los buenos deseos son patrimonio de todos.

III. Los siete pecados capitalinos

Desde los comienzos mismos de la educación el pensamiento original es desaprobado, llenándose la cabeza la gente con pensamientos hechos.

ERICH FROMM: *El miedo a la libertad.*

Hagan juego...

¿Por qué jugamos tanto los vallisoletanos? Me estoy refiriendo a juegos de azar, naturalmente, y formulo la pregunta en plural porque yo también –aunque no sea más que tres veces en toda mi vida– he jugado a la lotería, como es lógico con resultados adversos. Pienso que algo funciona mal en nuestra sociedad cuando, con una obsesión casi enfermiza, seguimos empeñados en cambiar de vida sólo nosotros; porque no hay en la intención que nos impulsa, ni siquiera la generosidad del narrador de cuentos que en los recreos infantiles del recuerdo acababa siempre con aquella retahíla de "y fueron felices y comieron perdices y a mí no me dieron porque no quisieron". No; en realidad nos daría lo mismo que los protagonistas se comieran las perdices (que además dan ácido úrico) con tal de que nos permitiese la diosa Fortuna que la propinásemos un irreverente y personal pellizco. "Sólo unos milloncejos"... Dicen algunos inocentemente. "Lo

justo para pagar las letras del piso y del coche y quedarme a gusto". A veces somos pobres hasta para pedir. Hay otros, por el contrario, a los que parece haberles hecho la boca un fraile: "Pues a mí me tenía que tocar de verdad; se iban a enterar el Julio Iglesias y toda la patulea de la Jet de lo que es un millonario. Caviar iraní a cucharón, que se me iban a quedar las boqueras más negras que las cejas de Jomeini". Bueno, ni tanto ni tan calvo.

El caso es que uno anhela quedar libre de tales o cuales cargas y ahí está el Estado con sus ordenadores (puede leerse ordenadores) dispuesto a hacernos compartir, quieras o no, los sentimientos de solidaridad. El Estado siempre ha sido así; ya desde que se inventó la lotería en Génova, allá por las postrimerías del siglo XV para apostar qué político saldría elegido como Signoría, le vio posibilidades al juego haciéndose al poco tiempo con el negocio de los envites. En eso no ha tenido nunca escrúpulos morales aunque a ratos se las diese de confesional: "Los predicadores que se cansen fustigando el vicio del juego y sus funestas consecuencias, que nosotros mientras tanto lo controlamos". Una vez al siglo, el Estado se da golpes de pecho, se viste el hábito de la venerable orden tercera y prohíbe el juego; y entonces es peor, claro, porque basta que nos priven de algo para que lo busquemos con doble ahínco. ¿Que san Juan Crisóstomo advierte de los desasosiegos y peligros de los ricos? También Bernardino de Riberol decía que al perro flaco todo se le vuelven pulgas y a la postre vienen a ser los pobres los más molestados con injurias, amenazas y agravios; así que más vale cuerno de la abundancia en la mano y que se ponga cara de Pluto, que andar coritos con una mano atrás u otra delante como nuestra madre nos echó al mundo.

En cualquier caso, lo que parece evidente es que jugamos porque estamos insatisfechos de nuestra vida presente; se nos antoja vacía, monótona y tronada, pero en cuanto hay un indicio de dolor, al más leve roce con la muerte hacemos fú y decimos como el paralítico que iba a curarse a Lourdes y acabó con su carrito descontrolado rodando camino de una tapia: "Virgencita mía, que

me quede como estoy". No en vano llamamos a este tipo de juegos, "juegos de azar"; el azar, que originalmente era la cara del dado que hacía perder, se ha convertido hoy, por voluntad colectiva, en la casualidad, en lo fortuito; en la posibilidad de ganar, aunque sea remota. Nos agarramos a un clavo ardiendo porque somos incapaces de hacer una reflexión personal o comunitaria sobre nuestros problemas. La inercia de la vida nos hace girar atados a una rueda de la fortuna gigantesca y medieval que nos impulsa hacia aquí o hacia allá simulando que muda nuestra suerte cuando lo único que varía es el lugar en que nos sitúa: Ahora arriba, más tarde abajo, después de este lado y, por fin, a aquel otro que pensamos que jamás nos tocaría... Decimos que ya no creemos en los cuentos, que eso son cosas pasadas, y cada vez estamos más dominados por los símbolos que los dieron origen: El tesoro maravilloso, el oro, el reino lejano; no confiamos en alfombras mágicas pero utilizamos objetos encantados que nos transportan de un lugar a otro; nos reímos de la varita mágica o varita de la virtud, pero nos tragamos las propiedades milagrosas de una raíz adelgazante. Nos burlamos de las bolas de cristal pero, cada vez que tenemos ocasión, nos ponemos ante un pedazo de vidrio que nos ofrece escenas ficticias de amor y odio, de abundancia y necesidad, de vida y muerte. ¿Qué diferencia hay entre un muñeco de esos que sirven de animación a tantas tardes infantiles (que quedan rebanados, planchados, chamuscados y descuartizados y vuelven a la vida a la historieta siguiente) y los cadáveres que aparecen y desaparecen en los telediarios? La respuesta no es tan obvia como parece. ¿A eso hemos reducido la esperanza del ser humano? ¿Es esa toda la sabiduría que somos capaces de transmitir a la juventud? Antes, en los cuentos, a los niños se les llevaba al bosque para que se los comiera el lobo y así no fueran un obstáculo para los designios de los padres, acabando de un plumazo con la lucha generacional; ahora, basta con colocarles ante la televisión para que se transformen en patitos o la bruja se les coma el meollo y así no puedan enredar con él. Es mejor no pensar; no participar, que la ruleta nos lleve donde le plazca. Hagan juego...

Cada cual atiende su juego

Más de una vez me ha sorprendido el nutrido grupo de deportistas que, con sus correspondientes bolsas, efectos y atuendos, espera el autobús frente a mi casa. Mientras unos sueñan con los ídolos de la NBA, otros anhelan emular a los conspicuos futbolistas cuya imagen constituye una especie de espejo en el que se miran y remiran a la espera de verse alguna vez reflejados en él. También me ha sorprendido —absorto en esos pensamientos— la escasez de términos de raíz castellana para denominar la especial indumentaria con que se viste hoy día el aficionado a practicar algún juego: Chándal, se dice en ocasiones, olvidando que "chandail", palabra francesa, sólo denomina el traje para corredor o para ciclista; Suéter, dicen otros, viendo en la palabra inglesa "Sweater" (que a veces se traduce correctamente como sudadera) la expresión más adecuada, pues de sudar la camiseta se trata... En fin, no sé por qué, pero tengo la sospecha de que el deporte no lo inventamos los españoles, o por lo menos ese tipo de juego que requiere un notable esfuerzo físico, pues la maldición bíblica sólo especifica que el sudor de la frente era para ganar el pan y nada más.

No queremos decir con esto que antaño no se jugara; por el contrario, ahí está Rodrigo Caro y sus *Días geniales* que demuestran la abundancia de entretenimientos *lúdicos* entre los antiguos. Sin ir más lejos, si echamos una ojeada a un pasado no muy lejano, antes de que llegara el fútbol (o pilapié, como se le denominó primero con calificativo tan cursi como poco afortunado) veremos que los jóvenes de hace un siglo tenían sus aficiones también. Los mayorcitos jugaban a la barra con grave peligro para los espectadores, pues más de uno salió del improvisado rectángulo establecido en las Moreras o en el Campo de Marte con los pies por delante y, lo que es peor, sin enterarse de quién había ganado por fin. Otros preferían los bolos y se iban enfrente de San Benito, donde había un local adecuado para ello, para entretenerse con los birlos o las bochas. Si querían apostar, lo hacían al tango (o tuta, o tarusa, como ustedes quieran) y si lo que buscaban eran emocio-

nes fuertes se acercaban al frontón o juego de pelota de la calle Expósitos, donde luego podían hasta bañarse con todas las seguridades de salir más limpios que entraron.

Los más pequeños, a su vez, preferían entretenimientos como la chirumba, horror de los ancianos que, ayer como hoy, sentaban sus reales en la Plaza Mayor y veían volar sobre sus cabezas los palitroques de tan peligrosa diversión; más de uno se quejó al alcalde para que pusiera orden e hiciera cumplir la normativa de sus bandos de buen gobierno, en los que se prohibía terminantemente tal tipo de pasatiempos en lugares públicos y concurridos. Otros niños, menos agresivos, se dedicaban al tanguillo o peonza con la que, a lo sumo, podían romper algún cristal si fallaba el lanzamiento. De pedreas no digamos nada, porque eran el pan nuestro de cada día y convertían algunas calles de nuestra ciudad en un estrecho de Ormuz decimonónico; la honda era el medio más adecuado para hacer llegar el guijarro a su objetivo (o sea la cabeza del enemigo o del que inadvertidamente se pusiera por medio) hasta que se puso de moda el tirachinas. Moda a cuyo nacimiento asiste, por cierto con no poca preocupación, un gaceticero de *El Norte de Castilla*: "Hemos tenido el disgusto de presenciar días pasados que los inocentes muchachos han añadido una diversión más a las consabidas de las hondas y la chirumba con que ponen en un hilo la tranquilidad del traseúnte, que consiste en colocar dos alambres paralelos y sujetos entre sí con los que, poniendo en una especie de hondita pequeña una piedra, es arrojada con fuerza por una goma, pudiendo aquella causar grave riesgo al que tenga la desgracia de servirle de blanco".

Como antes ya hablé de los juegos de azar sólo mencionaré aquí las chapas, jugadas generalmente, y para más inri, frente a la Casa Consistorial. Entre los de envite, la carteta o el "pasar" que antes reunía a los desocupados en los soportales de escribanos y que aún hoy se sigue ejecutando casi en el mismo sitio. Finalmente, y como diversión curiosa, un precedente del ya casi extinguido e inocuo barquillero; se trataba de un órculo con una aguja giratoria que al pararse indicaba la ganancia (o la pérdida, pues jugar costaba dos cuartos). Uno podía resultar agraciado con un pañuelo

o una bandeja que, a veces, sobrepasaban en precio a lo estipulado para apostar, pero en otras ocasiones recibía, a cambio del placer de dar vueltas a la flechita, una rosquilla o una pastilla de jabón hecha en casa cuyo valor, ni por asomo se aproximaba a lo empeñado. Hoy son otros los timos y sensiblemente mayores los valores perdidos pero en el fondo podemos decir sin temor a equivocarnos que en este país (como ahora se dice) no hay nada nuevo bajo el sol.

Santa Bárbara, ora pro nobis

Hay leyendas que aseguran que la pólvora la inventaron los chinos, aplicándola inmediatamente a un fin bélico, pues algo tan explosivo sólo podía cumplir una función intimidatoria. Más tarde descubrieron que, si quien provocaba la explosión avisaba de sus intenciones previamente, la gente que la rodeaba, no sólo no sentía ningún temor, sino que llegaba a experimentar regocijo con el ruido y el resplandor; a partir de entonces se aplicó la fórmula a las fiestas más destacadas del calendario chino que solían ser las de fin de año, coincidiendo con el día quince del primer mes lunar, o sea, en cristiano, nuestro febrerillo loco. Quemaban todo –borrón y cuenta nueva– y ahuyentaban los malos espíritus con el mucho estrépito de sus salvas.

No crea el lector que el vallisoletano de hoy tiene algo que envidiar al chino imperial, no; el vallisoletano actual, siguiendo –eso sí– una acendrada tradición que se remonta al siglo XIII, deja pequeñas a todas las dinastías mandarinas y petardea lo que no está escrito en el *Libro de los Cambios*. Y me he referido a lo de la tradición a sabiendas de que es ésta una de las pocas que, lejos de desaparecer, se ha esparcido como un cáncer convirtiendo lo que podía ser originariamente un simbolismo y luego una costumbre en una forma más de amedrentamiento para el personal. Ciertamente que no hubo jamás fiesta rural sin cohetería y que, incluso, carretillas y buscapiés hicieron saltar a más de uno de nuestros antepasados aunque no tuviese ni ganas ni fuerza para ello, pero

eso era una vez al año. Decía el refrán: "Por la fiesta del patrón, repique, cohetes, música y sermón". Y qué menos que celebrar con bombas y algazara una efeméride tan señalada... Luego vinieron los abusos y las correspondientes prohibiciones: "En Carnavales se prohíbe tirar cohetes, carretillas, echar mazas, manchar la ropa y demás distracciones que puedan causar riñas y altercados", advertía paternalmente el Ayuntamiento vallisoletano del pasado siglo; y agregaba don Manuel Urueña en un bando de buen gobierno: "Sin permiso de la autoridad superior no se dispararán cohetes ni se harán ejercicios pirotécnicos dentro de la población. No se expenderá pólvora, cohetes ni otro fulminante sino a personas adultas y en cantidades proporcionadas". Tenía la sospecha la primera autoridad municipal de que sus decisiones serían escuchadas por los ciudadanos como quien oye llover; y estaba en lo cierto; Tan cierto como que cada nuevo bando venía a anunciar lo mismo que el anterior, lo que quiere decir que no se cumplía nunca. Algunas de esas desobediencias trajeron consecuencias trágicas, como la muerte del pirotécnico Quintana y su esposa, cuando se había advertido hasta la saciedad que las industrias peligrosas debían estar situadas a las afueras de la población. Pero el español disfruta mucho más saltándose a la torera las normas que cumpliéndolas, y así, una tras otra, han ido las corporaciones municipales gastándose la pólvora en salvas, pues a lo que nuestros corregidores "sugerían" en orden a ese buen gobierno de la muy noble, muy leal e histórica ciudad de Valladolid, correspondían estos o aquellos díscolos con un corte de mangas cohetero. Lo malo de la situación actual con respecto a la pasada, que ya es historia, es la cantidad de mangas y la cantidad de días que se dan los cortes; ya no es un ruidito esporádico aquí o un solemne petardazo allá en tal o cual ocasión. Son todos los días y a horas tan intempestivas y tan poco festivas como las tres o las cuatro de la madrugada.

¿Qué malos espíritus desea ahuyentar el vallisoletano petardeo? ¿No se percatará de que él mismo es el ave de mal agüero que atormenta a la población como un nublado seco? ¿Sabrá acaso que petardo viene del latino *pedere* y querrá bufarse de la autori-

dad competente? Ya sé que alguno me argumentará que se ha progresado mucho en educación ciudadana desde que los niños, en el Campo Grande, tiraban chinas a las caras de los músicos mientras tocaban; lo sé. Pero, ¿no resulta chocante que en otros aspectos se haya avanzado tan poco? Ni siquiera se ha sofisticado el arsenal y se sigue como cuando en los pueblos querían alejar una tormenta y se liaban a tiros con ella hasta que se desviaba de su trayectoria. Yo, siguiendo técnicas más depuradas y menos violentas me he querido librar de estos particulares *nublados* ciudadanos con tres fórmulas que hasta ahora habían surtido siempre efecto. Sin embargo, ésta es la ocasión en que voy a perder la fe en creencias tradicionales: Ahí está la guirnalda de artemisa que había colgado en el balcón, dando al Poniente, toda reseca, ineficaz e impotente; ¿y qué decir de los cien pellizcos que me he dado, siguiendo la virtuosa costumbre de los habitantes de Santovenia y la Cistérniga, que alejaban así infaliblemente las tormentas? Pues nada; unos cardenales lamentables y aflictivos. Sólo me queda ya la doncella de Nicomedia; sí, Santa Bárbara. Sé de sobra que se lo pongo difícil porque, además de la abogada contra todo tipo de exhalaciones y meteoros dañinos, es la patrona de los pirotécnicos, pero una santa comprensiva como ella que aguantó hasta el martirio tiene que entender muy bien el mío. Así que: Santa Bárbara bendita que en el cielo estás escrita con papel y agua bendita, líbranos de esos cuescos insolentes e inoportunos y protégenos de la despreocupación de las autoridades. Amén. (Repítase tantas veces como sea necesario hasta alcanzar la gracia deseada).

Bocinolid

¿Estarán mis oídos volviéndose más sensibles al ruido? Cada vez que voy a escribir sobre algo que, a mi juicio, requiere un esfuerzo colectivo, me asalta la duda de que sea yo sólo quien ve u oye el problema supuestamente mejorable; pero, ¿no les parece a ustedes que últimamente se oyen más bocinas que antes en nuestra ciudad? O son las mismas que tocan más veces o pertene-

cen a automóviles distintos que, animándose unos a otros como si hubiese ganado su equipo favorito, nos obsequian con un concierto desconcertante. Vengo observando detenidamente cuáles son las causas que incitan a un automovilista a utilizar su claxon en detrimento de la tranquilidad de los demás. La menos importante, desde luego –aunque sería la más justificable–, es la de advertir a un peatón su presencia. Veamos alguna de las restantes: Por ejemplo, un adelantamiento indebido o brusco, que encoragina y turba al adelantado de tal modo que le obliga a pararse y estar apoyado en su bocina dos minutos para suplir la ausencia de un fusil ametrallador; todo esto frente a los espectadores de la escena, inocentes y sufridos, y lejos ya el causante del trastorno quien, como es natural y por la prisa que llevaba, debe estar tomándose una caña dos calles más allá. Otro caso es el de ese mismo sujeto que se está tomando la caña y ha dejado "un minuto" el coche en doble fila; baja el padre de familia con los niños y la señora de visitar a la abuela y se encuentra con el panorama; o sale un colega del de la caña de tomar otra caña a las tres de la mañana y observa que su automóvil está rodeado por todas partes menos por dos (por arriba y por abajo) de congéneres. Entonces se acuerda (con el auxilio de la media moña que tiene) de que cuando era niño y tenía algún problema llamaba a su papá, y empieza, Pa-pá, pa-pá, pa-pá, olvidándose injustamente de su pobre madre; menos mal que todos los que vemos y oímos sufrir a esta criatura tenemos finalmente para su mamá (¡no podía ser menos!) un recuerdo emocionado. Otro caso es el del fulano que reconoce de pronto a un colega (¡coño, Pepe!), pero como van ambos dentro del coche y el destinatario de tan cariñosa expresión no va a escucharla, se pone a dar bocinazos de alegría por el encuentro, que hace mucho que no se ven y son tan amigos... Bueno, pues va Pepe, que primero se ha mosqueado al oír que le pitaban, y, tras mirar dos veces al de atrás con expresión de comérsele, se da cuenta de que en el siguiente coche va ese colega a quien no ve hace tanto, estrechando finalmente sus lazos con otro profundo y fraternal bocinazo; aceleran, pero todavía están un rato diciéndose cosas con sus instrumentos hasta que se despiden en un semáforo con

dos pi-pí, pííí, que son como arrumacos de elefante. También está el "prudente" que, para evitar que la grúa se le lleve el coche, se queda dentro de él esperando a su amor que ha prometido tardar "lo justo para no se qué...". Bien, pues cuando lo justo le empieza a parecer injusto, aburrido, cambia de postura porque ya comienza a incomodarse y se apoya sin querer en la bocina, asustándose como un bebé; al instante, superado el sobresalto, se da cuenta de que no es un bebé —porque está esperando a la chica— y ya se apoya seria y sonoramente, con todas las consecuencias, para convencerse a sí mismo de que a él no le asusta nada, y además, "porque ya está bien, ¿no?".

Tengo algunos ejemplos más, pero los guardo para un estudio comparativo entre el comportamiento de los guías de expediciones en la selva y los discípulos de Arias Paz en nuestro país. Hablando de Arias Paz, recuerdo aquel volumen (nunca mejor dicho) amarillo y negro que había en casa y que me disuadió tempranamente de aprender algo sobre el motor y la forma de comportarse de un automóvil; pues entre las señales de tráfico que contenía el manual había una que levantaba en mí sentimientos nobles y de solidaridad, y me hacía creer todavía en que los coches eran unos elementos que se habían construido para facilitar el traslado de un lugar a otro de los individuos, además de para su disfrute y bienestar. Era la señal (¿existe todavía?) en que ponía "Hospital", recomendando vivamente el silencio. Y creo que aún estarán por ahí esos carteles en que se advertía textualmente: "Prohibido el uso de señales acústicas en todo el casco urbano". Ya sé que la gente dejó de respetarlo en cuanto un gracioso quitó el segundo artículo determinado, dejando circunscrita la veda al entorno del casco de un guardia; también sé que había demasiado espacio blanco en el cartel y tal circunstancia dio facilidades a los amantes del grafiti que en poco tiempo dejaron dicho espacio como una tortilla paisana donde se mezclaban ingredientes del tenor de F/J, Pancal, Gora eta, y Los buitres del Pisuerga...

Bueno, y ahora que recapacito, ¿he escrito todo esto para acabar como siempre, diciendo "somos así, ¿qué le vamos a hacer?". Si es que no aprendo...

Estruendópolis

Suelo tardar bastante en decidirme a publicar un escrito "de costumbres", pues en él siempre se da, de forma más o menos evidente, una crítica hacia determinados comportamientos, sobre todo aquellos que, lejos de mejorar nuestra condición, hacen dudar acerca de la capacidad del individuo de la especie humana para conseguir un entorno más agradable. En el caso que voy a tratar, además, el temor se acrecienta, pues constato que cada vez es menor el número de personas que entienden lo que voy a decir y lo consideran un problema.

Hace años escribí, con motivo de unas fiestas de San Mateo, una larga carta a la Alcaldía de Valladolid manifestando, de forma moderada y personal, que había tenido que abandonar temporalmente mi casa para irme a otra ciudad en busca de una paz que aquí me faltaba; la causa primera eran unas verbenas nocturnas que se organizaban en la Plaza donde tengo el disgusto de vivir, aunque el motivo final —como pueden suponer— no era ése, (pues nadie con más causas que yo para declararse partidario de tales festejos), sino el volumen con que emitían el sonido los grupos participantes, tan elevado que atravesaba la triple ventana que aísla (?) mi cuarto de la calle y seguía llegando perceptible a mis oídos; esto hasta las cuatro de la madrugada. Por la misma época había comenzado a ponerse de moda la "zona" en cuestión y múltiples bares habían abierto sus puertas, con las correspondientes consecuencias. No me entiendan mal; no estoy en contra de los bares, aunque me parece excesivo que se abran tantos "centros culturales" de este tipo y tan pocos de estudio: El intercambio de opiniones es altamente saludable, pero siempre que uno haya llegado a ellas por un proceso de razonamiento y no por la "chata" experiencia de cuatro discusiones de barra, el ágora de nuestros días. Bueno, la cuestión es que venía a quejarme en aquella carta, no tanto de los gritos y peleas a las cinco de la mañana o de los bocinazos del alba que habían traído a nuestro barrio los nuevos establecimientos, cuanto del ruido en general de la ciudad, que nos alejaba definitivamente de Europa. Y no por el hecho en sí,

que, desde luego, habla poco en favor de nuestra sensibilidad, sino porque estamos conduciendo a los más jóvenes por un camino sin retorno, condenando su oído a una degeneración irreversible y empobrecedora. Dentro de unos años, si todavía seguimos en la Comunidad Europea, podrá distinguirse a un joven español de un francés, por ejemplo, en que el primero será incapaz de entender la música como un arte que desarrolla los sonidos armónica y rítmicamente; y ello, no sólo porque el ruido ambiental—casa, calle, lugares de diversión— le habrá incapacitado definitivamente para apreciar cualquier melodía, sino porque su lenguaje inexpresivo y su corto vocabulario estarán casi reducidos al *Basic* y a cuatro señas o gestos más o menos educados para entenderse. Ya sé que alguno me alegrará la escasa necesidad que parecen tener las nuevas generaciones de hablar unos con otros, pero yo creo que somos nosotros los que, además, les estamos privando de la posibilidad de enmendar un error colectivo e histórico. Si alguien adujera a estas alturas que el agua no es necesaria ni para beber ni para bañarse y que la higiene es una costumbre pasada de moda, le tacharíamos de loco y de excéntrico. Sin embargo en un tema como éste aguantamos lo que nos echen en aras de una falsa modernidad o de una libertad mal entendida. Si uno llega a un bar y suplica que bajen el volumen de la música (para su oído, estridente) el dueño o el encargado le toma por un quintacolumnista y, o bien mascullan que de qué árbol nos habremos caído o nos espetan abiertamente que bares hay muchos y que nadie nos obliga a permanecer allí, donde —todo sea dicho— no se ha quejado ningún cliente hasta ese momento.

La música, evidentemente, es una prolongación del lenguaje y en la medida que éste carezca de entonación o de matices aquélla será incomprensible o innecesaria; cualquier sofisticación en las formas, por tanto, lejos de ser un lujo o un capricho es una meta a conseguir para alcanzar un más alto y eficaz grado de entendimiento entre los individuos. ¿Hay solución? Yo creo que sí, pero estriba, como para tantas otras cosas, en la solidaridad; en el cuidado que cada uno ponga para no molestar a los demás. No se trata de renunciar a ningún derecho, sino de procurar que la forma

en que ese derecho se ejercita no ofenda ningún sentido del vecino; ofensa, por otra parte, totalmente gratuita y de contenido agresivo. Las autoridades deben ser las primeras en dar ejemplo; el problema radica en que, según creo, el silencio tiene un mal cartel en la Sociedad española; cualquier establecimiento público en silencio es un sitio triste y, por consiguiente, poco visitado. Parece como si la ausencia de sonido —al igual que la soledad— asustase al hombre de hoy. Ni siquiera la juventud, tan crítica siempre para otras cuestiones (como es su deber), percibe el peligro de este argumento falaz: El silencio "opresor" es sumisión y por tanto hay que luchar contra el silencio. Nada más falso. El silencio reflexivo es fecundo y enriquecedor, y, en estos momentos en que vivimos contaminados y abrumados por el ruido ambiental, el silencio puede ser, además, purificador para el cuerpo y el espíritu. Ya sé que las costumbres varían y que se han superado muchas formas caducas, pero lo justo, lo equilibrado, es siempre deseable, al menos mientras alcancemos a distinguir entre una patada en las nalgas y una reverencia.

Centauros y cochombres

La mitología griega nos ha legado un personaje cuyas maneras y costumbres, a la luz de nuestras civilizadas mentes, aparecen como bestiales y salvajes. Me refiero al Centauro, hijo del malvado Ixión, rey de Tesalia; no tuvo el tal Ixión mejor ocurrencia que enamorarse de Hera e intentar hacerla suya. Zeus, que estaba en todo, descubrió a tiempo (como corresponde a un hijo de Cronos) la impertinencia de aquel fato, dijo que para lascivo ya estaba él y engañó al rey de los lápitas con una imagen de Hera en forma de nube. Acudió al trapo el libidinoso monarca y de aquel himeneo peregrino salieron los Centauros. Zeus, consternado por la atrocidad, condenó al atrevido a un castigo ejemplar: Ser atado a una rueda incandescente que giraba sin cesar y ser arrojado al espacio.

Perdieron los griegos, y aun los pueblos que les sucedieron en hegemonía, el rastro de Ixión hasta el siglo XIX, centuria presidida por Industria; estando en cierta ocasión esta diosa descansando

de su habitual agitación, acertó a pasar por su lado (obsérvese el eufemismo; digo "por su lado", no "por encima") el rey de la rueda en su eviterna romería y, no se sabe si por su prolongada abstinencia o por un súbito arrebató amoroso, arrojó un polvo cósmico sobre ella que la dejó milagrosamente fecundada. De aquellos amores tan vertiginosos no pudo nacer más que un dios que, con su altivez e inmoderación, nos castiga aún en nuestros días. Hablo del Cochombre. Es su figura dinámica y poco resistente a la atmósfera para así poder adelantar a Céfiro y a Bóreas o ganarle en el Cosmódromo las carreras al mismísimo Eolo, señor de los vientos. Como los Centauros, sus hermanastros, tiene cuatro puntos de sustentación, pero en este caso la ígnea rueda ha sustituido a la vulgar pata herrada, tan incómoda y obsoleta. Sobre esos cuatro discos celestes, una cabeza de Medusa rediviva gira agitadamente sus ojos buscando un Perseo sobre quien arrojar su voz estentórea; ésta es destemplada y grosera pese a dominar dos lenguas, la que se habla en el jardín de las Hespérides (también denominada *bocina*), y la que se escucha en Albión (conocida como *claxon*). Tiene dos almas, una de las cuales, férrea y de caprichosas formas, domina a la otra, muy similar a la humana. Se hace construir caminos por el hombre, que es su esclavo, instalando de trecho en trecho columnas de un líquido, salido de las entrañas de la tierra, con el que sacia su sed inagotable.

De su madre Industria heredó la fecundidad, siendo cada día mayor el número de hermanos que le acompañan en sus alocados paseos, hasta el extremo de entorpecerse entre sí el normal movimiento de sus cuerpos. Con sus poderosos rugidos dominan las ciudades, antaño gobernadas por los hombres, que ahora, bajo la autocracia, sufren tan despiadada invasión; a veces, sus vómitos mefíticos, expulsados por la boca del cuerpo, asfíxian a los tiernos niños.

Un oráculo dice que este vasallaje continuará hasta el día en que uno de los dos principios o almas que alientan al Cochombre, el más parecido al humano, no acepte más la superioridad del otro y recupere la cordura, separándose de él. En ese instante, Zeus arrojará al Hades a los inútiles hijos de Ixión.

El escaparate

En mis tiempos juveniles –entre los años cincuenta y sesenta– la calle era un lugar común al que uno accedía desde el hogar para satisfacer varias necesidades, entre las que mencionaré pasearse, encontrarse con amigos, curiosear los rostros de gentes desconocidas y ver escaparates; los de Valladolid siempre tuvieron fama. Maniqués ataviados y colocados en extrañas posturas (posturas que nunca seríamos capaces de reproducir nosotros mismos sin un mínimo riesgo para el equilibrio o para la decencia) anunciaban con rigurosa puntualidad la estación que había de venir: En primavera hablaban del verano, en verano del otoño y así sucesivamente. Hoy día Valladolid es una ciudad abierta que exhibe lo dispar y esconde su provincianismo bajo las rejillas de los sumideros; ya podemos ver a esos maniqués de antaño desfilando por la calle y denunciando la vulgaridad con su presencia. Suelen ser como muñecos autómatas dotados de formas y aspectos poco comunes –delgadez inusitada, bellos rostros, peinados de alarife, tez pálida o de azabache pero invariablemente deslumbrante, maquillajes atrevidos, ropajes que insinúan miembros superiores o inferiores inverosímiles...–. Cuando en los años cincuenta recorría la calle una mujer perfecta, los varones volvían la cabeza en señal de admiración o deseo mientras transustanciaban su hombría en palabras a menudo irreproducibles en otras circunstancias. Si era un varón atractivo el que cruzaba, las mujeres cuchicheaban y reían maliciosamente –una imagen siempre valió más que mil palabras y ellas fueron las inagotables titulares de la imaginación–.

¿Qué se puede hacer hoy día frente al maniqué deambulante que quiere llamarnos la atención fuera de una urna comercial? Un pellizco en la nalga es poco misericordioso pues un verdugón en esos cuerpos sienta como lañas en puchero. Un "¡Jesús!" podría servir por polivalente pero haría contestar "qué" a dos o tres viandantes por lo menos. Una mirada de extrañeza nos daría automáticamente el pasaporte para la edad de piedra. Un atisbo en lontananza, indiferencia al paso y displicencia en el adiós sería lo más

cristiano, pero revelaría una actitud afectada, impropia de nuestra contrastada naturalidad. Tengo una amiga muy resuelta –y un poco despiadada, todo hay que decirlo– que opta por hacerse la enconradiza con el maniquí (si no es así, jamás miran a los ojos) tras de lo cual lanza un cordial "¡hasta luego!" como si conociese de toda la vida al dominguillo, que queda de esta forma –como si hubiese sido rozado por una varita de la virtud–, fatalmente convertido en ser humano.

IV. Tubo de escape

*Por entrar don Venancio a la carrera
en inmundo y oscuro cagadero
metió el pie en el pestífero agujero
y de mierda manchóse la pernera.*

*Con calma todos los negocios trata:
Si te apresuras, meterás la pata.*

X: Páginas turbias

Vísteme despacio...

Que Valladolid sea una ciudad acelerada se lo debemos sus habitantes a varias razones: Una, al hecho de haberse convertido en urbe industrial e industriosa, paradigma de lo que se entiende actualmente por progreso y, en consecuencia, prototipo de modernismo con sus inconvenientes derivados (el tiempo es oro, el tiempo se aprovecha más imprimiendo más velocidad a la vida; luego la velocidad es oro y como tal deseable). Otro motivo podría ser el que sirve de remoquete a nuestra ciudad pues, por ser "pucela", es tan lisa como una doncella y en consecuencia asequible, tanto para el andarín como para el simple peatón que va y viene de su coche a la tienda, del trabajo al coche o del coche a su

casa, aunque casi siempre, eso sí, apresuradamente. Otro gallo nos cantaría si nos tocara una cuesta segoviana o una calle empinada de Zamora, que son de bajada nada más.

A lo mejor me tachan ustedes de maniático, pero a mí me parece que también corremos por mímesis o, si me apuran, hasta por descuido; va uno tan ensimismado que no se entera si a su lado se desploma el alero de un edificio, pero eso de ver que una persona (cuya carrocería, ruedas e incluso motor son, con mucho, inferiores a los propios) te adelanta, hace despertar el animal que todos llevamos dentro y nos obliga a apurar el paso para ponernos a su altura.

Podría completarse el cuadro de razones añadiendo algunas, más particulares, aunque no por ello menos ciertas y cotidianas: La señora que regresa con su carrito de la plaza como Patton por Saint Lo y pasa sobre nuestros tobillos como si fuesen una vulgar casamata; aquél que está aquejado de paranoia fiscal y cree que le persiguen los inspectores hasta por la calle; el otro que, desprovisto de las más elementales nociones de cortesía social, emprende una huida hacia adelante para no verse obligado a saludar a nadie: el de más allá que, pareciendo que va a apagar un fuego, te adelanta como una exhalación y diez pasos más allá te lo encuentras con la nariz pegada a un escaparate, entretenido con lo que su interior le ofrece; incluso aquél que, émulo de un plusmarquista de los cien metros vallas, supera los obstáculos de cada día —zanjas, desperdicios, volúmenes aparentemente excretos por formidables cancerberos— con el espíritu de un gimnasta heleno y la entereza de un héroe a quien no le asusta romperse el bautismo en un salto mal calculado... Todos (incluso el que realmente lleva prisa) están —estamos— dando a Valladolid un carácter tan agresivo que acabará poniendo por cimera en las armas de la ciudad un neumático con la inscripción "Festina lente". Eludo hablar de los días de lluvia, marcados por el signo del paraguas ofuscado; sólo comentaré que casi todo varillaje conducido por un individuo inferior al metro setenta suele amenazar con dejarme un chirlo germanesco en la cara. ¿Para qué contarles a ustedes más cuitas?... ¿La solución? Tal vez esté en una ciudad de dos pisos, uno para peatones y

otro para vehículos, con calzadas procesionales y aceras anchurosas; no crean que la gansada es nueva. Cuando, mediado el pasado siglo, se abrió un boquerón en el suelo de la Plaza Mayor que amenazaba con tragarse a nuestros ancestros, hubo, entre otros comentarios, los siguientes: Que si por debajo de Valladolid había un canal de aguas subterráneas que comunicaba directamente con el océano, lo que convertiría a nuestra ciudad en uno de los puertos más florecientes de la época...; que si asomándose un poco al socavón se veía la cola del cometa Halley, de moda por aquellas calendas y que amenazaba a nuestro pobre planeta con una colisión...; que si el hundimiento había puesto al descubierto la antigua ciudad del Conde Ansúrez que, convenientemente arreglada, podría convertirse en "ciudad de invierno", utilizando la de arriba para el buen tiempo y dejando la inferior para los días crudos... ¡Pobre don Pedro! No sólo le exponemos al grafiti irreverente y a la cáustica palomina sino que, encima, le involucramos en nuestras transitorias memeces. A mí me cae muy bien nuestro fundador (quien, por cierto no debía de padecer ninguna enfermedad reumática pues de otro modo hubiese buscado parajes más sanos y soleados) y creo que no se merece ese tratamiento; y digo que me cae muy bien porque pudiendo haber pasado a la inmortalidad sobre un caballo, que era lo acostumbrado en la gente noble de su tiempo, lo hizo como peón dándose ejemplo de tranquilidad y sosiego: "¿A qué ton tanta prisa?" –parece decir don Pedro altivamente desde su pedestal–. "Por mucho que apretéis el paso no llegaréis antes, ilusos; es el tiempo el que viene a nuestro encuentro. Vosotros no os movéis; sólo os agitáis".

La prisa

La prisa nos domina; nos invade por doquier como una pandemia fatal que todo lo contamina. Y aunque en sí misma no es un vicio del espíritu, bien puede considerarse un extravío que lleva al individuo de hoy por los caminos del desasosiego y de la inquietud. Un proverbio antiguo advertía con intención moralizante que

el tiempo era oro, recordándonos la conveniencia de aprovechar dignamente cada minuto de nuestra vida, pero cualquier virtud por excelente que sea tiene unos límites, sobrepasados los cuales se desquicia, perdiendo su valor y su beneficioso efecto. Así, nos pasamos el día como arañas, teje que teje, gastando horas y sustancia en urdir una enorme tela que al final sólo nos sirve para detener el vuelo de un mosquito. El tiempo es oro, sí, pero para quien lo disfruta y no para quien corre de un lugar a otro huyendo de sí mismo; la demencia originada por esta sinrazón colectiva, lejos de asemejarse a esa alegre relajación del juicio que libera de sus angustias al espíritu, viene a convertirse en cruel insania que no le deja ver lo vano e infructuoso de sus ansiedades. Apremiados por la peregrina necesidad de sobrevolar todas las cosas apreciamos más lo superficial y pasajero que lo profundo, circunstancia que no es exclusiva de nuestros días, pues ya Don Sem Tob acusaba a la sociedad de su tiempo de encumbrar a los que valían menos y soterrar a los hombres honrados, despropósito evidente que, como hacía notar el sabio de Carrión, debía de ser, sin embargo, un reflejo especular de la propia Naturaleza que hacía flotar las cosas muertas en el mar, mandando al fondo de los abismos las preciosas cargas de los bajeles naufragados.

Y de este modo, lo que empezó siendo sinónimo de ocupación, de trabajo pródigo, de honesta e incesante actividad (y por tanto motivo de admiración y modelo social) ha llegado a convertirse en causa inadvertida de perpetua tribulación que constantemente nos aflige. En la Edad Media llamaban "priessa" a un "tropel agitado de gente" y miren por dónde ahí hemos ido a parar en nuestra atolondrada huida del inquietante pasado que siempre nos avergüenza. También por esas épocas y algo más tarde se utilizaba a veces con el sentimiento de "embarazo", como ya recoge fielmente el maestro Correas en su *Vocabulario de refranes* cuando escribe: "¿En priessa me veis y virgo me demandais?"; bueno, pues hasta en esa acepción hemos caído, poseídos y ¡ay! deshonrados por el vértigo inútil que nos priva del diálogo con nosotros mismos. La Humanidad ha creado y alimentado esos demonios propios que le martirizan con sus agujonazos y con su misma excita-

ción, transmitiéndole una sensación de permanente inestabilidad cuyas secuelas van desde una simple falta de cortesía hasta una guerra relámpago.

Decía un refrán antiguo que "la prisa es cosa del diablo" y no iba descaminada la paremia en cuanto que es algo que nos aleja de los cielos anhelados, de los paraísos deliciosamente tranquilos que ofrecían los libros sagrados o de los plácidos limbos, metiéndose en nuestras existencias como una pesadilla. Entre los griegos y los romanos se creía que los sueños eran de dos tipos, los "divinos" (para los que había siempre una interpretación) y los "ordinarios", divididos en "buenos" (enviados por los dioses) y "malos" (enviados por los demonios) para contrarrestar los cuales se hacía preciso un rito protector. ¿Qué ritual nos protegerá y purificará de esta maldición de nuestros días que es al tiempo enfermedad y droga? ¿Qué antídoto será eficaz contra este veneno cuyo tinte ponzoñoso pinta a nuestra Sociedad como una Babel moderna? No es que ahora hablemos diferentes idiomas, es que ni siquiera nos escuchamos porque no nos podemos permitir el lujo de "perder el tiempo".

V. Auxilio social

Podemos ciertamente imaginar una vida a la medida de nuestros propios deseos y no descubrir nunca que fuimos comparsas del teatro del mundo. Pero existen hechos que ignoramos y que influyen en nuestra vida tanto más cuanto más ignorados son.

CARL GUSTAV JUNG: *Recuerdos, sueños, pensamientos.*

Papá, ven entren (ándote)

Sucedió el otro día en la Estación del Campo Grande; uno de esos flamantes talgos de los anuncios que debía de conducirnos a Madrid "mejorando nuestro tren de vida", traía una hora de retraso. La cosa era sorprendente porque, viniendo —como se anunciaba en la agencia de viajes— de Palencia, estaba claro que debía tener un empeño especial en no llegar: retrasarse una hora en un trayecto de media son ganas de confundir, a no ser que fuesen a reeditar el Rey Pastor y estuviesen experimentando algún problema nuevo. Finalmente, alguien bien informado atribuyó a una huelga la demora y las voces, hasta entonces murmullos, comenzaron a alzarse agrias. La explosión llegó cuando un representante visible de Renfe (camisa azul, gorra roja, bandera del mismo color en la mano derecha) pasó junto a nosotros. No sé si ustedes

habrán visto esas películas del Dr. Rodríguez de la Fuente en que una manada de lobos persigue a un venado: pues parecido. En unos segundos tenía el buen jefe de circulación (o lo que fuese) más de seis dentelladas en las ancas: "que por qué no anuncian nada", "que a esto no hay derecho", "que estas cosas no pasaban antes"... en fin; ya saben ustedes que un español mal informado puede ser más fiero que un guerrero watussi con síndrome de abstinencia, así que se pueden imaginar la que se armó. Aquí y allá arreciaban las protestas, y los ojos del jefe se desencajaban como los del muflón perseguido por la lobada.

En estas situaciones de algarabía, con unos y otros largando a placer, suele haber un instante en que las partes toman respiro para volver a la lucha con bríos renovados, y, hete aquí que el instante de silencio lo aprovechó nuestro buen jefe para obsequiarnos con una de esas frases que casi siempre se atribuyen a personajes heroicos o legendarios antes o después de algún combate y que no pueden sacarse de su contexto porque parecerían un despropósito de los que se sueltan en una pesadilla nocturna. Bueno, pues va y nos dice con cara de maestro Ciruela y gesto admonitorio, levantando la bandera en vez del dedo: "Es que el asunto laboral es muy serio".

Nos desarmó. Sabíamos, en efecto, que el "asunto laboral", por lo menos el de cada uno de los que estábamos allí, era bastante serio (de otro modo nos habríamos quedado en casa escuchando la radio en vez de salir a trabajar), pero jamás hubiésemos supuesto que el suyo revistiera tal gravedad. Una vez en el tren —porque al fin cogimos el tren, e incluso el avión, porque las compañías de transporte estatales se ponen de acuerdo en sus huelgas para retrasar sus horarios de forma que no perjudiquen al usuario— una vez en el tren, digo, y aplacadas las furias de unos y otros sólo se me ocurrió una reflexión: Cuando empresarios y trabajadores de una empresa privada no coinciden en sus apreciaciones sobre condiciones de trabajo, salario, etc. (que suele ser casi siempre) discuten el tema cuanto antes y siguen laborando porque saben que si algo deja de funcionar en la producción ponen en peligro su propio empleo. Pero este caso es otro; en primer lugar, si los trabaja-

dores de Renfe ejercen sus derechos de esa manera, atacan directa e insolidariamente el trabajo de todos los demás españoles, ocasionándoles trastornos difícilmente valorables y si ellos tienen tamaña falta de respeto con nuestro quehacer, ¿cómo pretender que comprendamos la defensa que hacen de lo suyo? En segundo lugar, una huelga así, en que empresario y trabajadores son incapaces de llegar a un acuerdo satisfactorio —o insatisfactorio, pero práctico—, sólo puede darse en una compañía como Renfe que no va a quebrar nunca. La empresa (España) es tan rica que se puede permitir esos y otros lujos... Pero, ¿qué digo? Mientras estoy terminando este artículo en el avión escucho a mis espaldas esta conversación: —Ah, pero, ¿no lo sabías? Sí, hombre; en la ventanilla de "servicio al cliente" te reembolsan el veinticinco por ciento del importe del billete por haber llegado el tren con retraso...

Caray, retiro lo dicho: Creo que esto, ni España lo aguanta.

Soñar cuesta poco

La noche pasada tuve un sueño. A mis amigos les horroriza que tenga sueños —sobre todo si salen ellos— pues saben que un elevado porcentaje se ha hecho realidad y temen el riesgo de verse envueltos en alguna de mis fantasías nocturnas, tan numerosas como disparatadas. Bueno, pues en el sueño al que voy a referirme había sido llamado a consulta por el Ministro de Cultura quien, formalmente, a través de una carta requería mi presencia en Madrid para una entrevista. Como experto en la tradición oral hispanoamericana, la Comisión para el Quinto Centenario del Descubrimiento de América solicitaba de mí un informe sobre la extraña lengua utilizada en un disco de pizarra hallado en unas excavaciones recientes junto a las Coyolxauhqui. La secretaria del Ministerio, con exquisita cortesía, me condujo a una salita —decorada con un gusto ambiguo, como todas las salas de espera— donde debería aguardar a que el Señor Solana acabara de despachar otros asuntos de importancia. Mientras llegaba el momento de la audiencia estuve repasando el informe previo enviado por los expertos acerca del tema en cuestión; inesperadamente se abrió la puerta por la

que yo había entrado y apareció la secretaria con un nuevo visitante, a quien venía ofreciendo el mismo tipo de información y excusas que me había presentado a mí minutos antes. Continué revisando los papeles pero a los pocos instantes tuve que dejarlo con la sensación de que algo indefinido me molestaba; levanté la vista y mi mirada se cruzó con la del personaje que se había sentado frente a mí y que en ese momento musitaba:

– Quiero confesarlo...

Dudé antes de contestar, porque en estas situaciones una respuesta inadecuada puede dar origen a una conversación demasiado personal; así que, procurando conferir a mis palabras el matiz más distanciado y frío que pude, solté un poco comprometido "Usted dirá...".

– Vengo dispuesto a confesarlo todo. Son demasiados años con esa responsabilidad encima. Yo, en realidad, ya había ido...

– ¿Ah, sí? –contesté, pareciendo interesarme en el tema–.

– Sí; once años antes del viaje, ya habían recorrido estos pies pecadores algunas sendas de aquellas. Pero sin el permiso de arriba, ya sabe usted... En realidad yo quería convencerles de que la empresa era posible, porque la seguridad, como comprenderá, la tenía toda.

– Ya, claro. (Ansiaba que apareciese el Ministro y diese fin a un diálogo tan absurdo como poco gratificante).

– ¿Es usted de aquí? –cambió de pronto el tono crítico de la conversación–.

– No, no señor. (Si le digo de dónde soy, es capaz de tener allí algún amigo o pariente y pegar la hebra definitivamente).

– Yo tampoco. Soy de un pequeño pueblo de Palma de Mallorca que se llama Génova; ¿lo conoce?

– Pues no tengo el gusto.

– Allí están todos mis antepasados enterrados, pero, ya ve usted lo que son las cosas, a mí me vino a tocar Valladolid...

Volví a mirarle de arriba abajo por si reconocía en él a algún funcionario del Ministerio trasladado recientemente a nuestra ciudad; la cara me resultaba familiar, pero no acababa de encuadrar con precisión los rasgos en el entorno correcto.

– ¿Valladolid, dice?

– Sí. Qué días más angustiosos tengo pasados allí; sin el alivio de la tierra natal, sin familia... No crea usted que no he pasado penalidades; y encima esta carga de una mentira tan espantosa. ¡No puedo soportarlo más!

– Hombre, no será tan grave (quise quitarle hierro al asunto al ver que elevaba el volumen de la voz y se levantaba). Siéntese usted...

– No me siento; ya me he pasado tumbado demasiado tiempo escuchando las historias falsas que han contado sobre mí, diciendo que si era un místico o un iluminado. ¡No! Ya es hora de que el mundo entero sepa que yo había estado allende el océano muchos años antes de 1492. ¡Sí; sí, señor mío. Entérese usted bien de que yo descubrí América en 1481!

Don Javier Solana acababa de aparecer en la sala con su sonrisa habitual y un cartel del Quinto Centenario en lujoso papel y a todo color que anunciaba: "Mucho más allá". Me dio la impresión de que, a medida que el alegre mohín de sus labios se iba trocando en mueca de espanto, una palidez, a juego con la tapicería de seda de las paredes, se apoderaba de su rostro.

En ese momento me desperté.

El parto de los montes

Solemos los españoles ser corteses, espléndidos y hasta abrumadores con nuestros invitados; sobre esta curiosa "virtud" se ha escrito mucho aunque tal vez haya sido Larra en su artículo "El castellano viejo" quien mejor supo describir sus consecuencias. Con frecuencia, incluso, movidos por ese anhelo incontrolable de estar mejor considerados, llegamos a abrir a nuestros visitantes ese comedor de nuestra casa jamás utilizado, de factura clásica y sillería tapizada en damasco –incomodísima pero innegablemente digna–, para aparentar lo que en realidad no somos y deslumbrar con lo que no es nuestro. Tantos siglos simulando orgullo y gravedad han hecho de nosotros unos perfectos actores capaces de desarrollar con naturalidad y aplomo la impostura de cualquier drama.

Ahora nos ha tocado representar la comedia de "la España nueva": Colegimos, por lo que nos dicen, que toda Europa, todo el mundo nos observa y ahí estamos nosotros, en el proscenio nacional, creyendo que tras nuestra actuación sólo puede sobrevenir el diluvio. Ataviados con lujosos ropajes de atrevidos y frescos diseños miramos hacia el palco con la nariz levantada, esperando respirar el aire reconfortante del futuro. Muchos de nosotros, sentados ante hialinas pantallas de máquinas áticas y éticas aguardamos impacientes la orden de teclear sabe Dios qué cosas. Llevamos años queriendo llamar la atención del universo y sus habitantes: Que si hay que borrar la imagen del aislamiento, que si nos hemos lavado la cara, que si ya estamos preparados para entrar aquí o allá, que si éste es el último tren después del cual ya no habrá oportunidad... Como el niño pequeño que habla disparatadamente primero, grita después y acaba tirándose al suelo con una pataleta, hemos conseguido atraer las miradas de quienes nos rodeaban, aunque ahora que tenemos al público observando resulta que se nos ocurren pocas cosas serias. Nos interesan más las teclas que el contenido. Queremos trasvasar toda la historia de "este país" (así se le llama desde hace años como si no fuera nuestro, como si no fuera la suma de las individualidades que aquí vivimos) a los ordenadores. Sí, esa historia conservada milagrosamente en archivos de cuya existencia nos enteramos porque se destruyen o se incendian de vez en cuando. De pronto hemos curado la papirofobia y nos ha entrado pasión por transformar en "kaes" y "megas" nuestro pasado. "Dime de qué presumes y te diré de qué careces", sentencia un refrán tan cruel como cierto: Conmemoraciones de esto y aquello, exposiciones, juegos olímpicos, reuniones, congresos, ferias... apariencias. En el fondo, reproducciones y copias de imágenes muertas que ayer no nos interesaban para nada y cuya existencia volveremos a ignorar mañana. ¿Dónde está esa España nueva? Todo este año de terrible dispendio y de olvido irresponsable de los problemas reales va a acabar como aquel parto de los montes que describió Horacio y que glosó a la española Samaniego:

*Estos montes que al mundo estremecieron
un rantoncillo fue lo que parieron.*

El arca de Noé

En ocasiones señaladas, una parte de la Humanidad se da cuenta de que persigue fines errados o que los cielos prometidos por los profetas antiguos se van convirtiendo poco a poco en abismos de horror. Pueden sucederse decenas y hasta cientos de generaciones sin que esto acontezca y, aunque suele ser anunciado cada milenio con más o menos señales, de hecho se produce con una asombrosa inexactitud. Entre tales hitos, tal vez el más célebre sea el llamado "diluvio universal", al que se refieren muchos libros sagrados de diferentes civilizaciones, discrepando los exégetas en lo que respecta a la causa que lo originó pero coincidiendo casi todos en las secuelas. Los Santos Padres revelan la perversidad del género humano pasados mil seiscientos cincuenta y seis años de la creación del Mundo: "La maldad era total y absoluta", dicen las Escrituras. Los ángeles malos desearon y conocieron a las hijas de los hombres, originándose de tan peregrina concurrencia un tipo de gigantes que, a su vez, engendraron otros monstruos de maldad. Los científicos se han reído a veces de estas tradiciones considerándolas leyendas sin fundamento pero suelen olvidar que, por una extraña maldición, el género humano sólo es capaz de transmitir los conocimientos a través de fábulas y cuentos y es así como nos han llegado extrañas y alucinantes historias que esconden verdades atroces. El sabio jesuita Atanasius Kircher, que realizó en el siglo XVII un exhaustivo estudio sobre el arca y sus orígenes, insistía en que, tanto la capacidad del mismo como su estructura interna guardaban una perfecta simetría con el cuerpo humano, estableciendo que la longitud fuese seis veces la anchura. En tan perfecto habitáculo entraron ocho personas con una multitud de cuadrúpedos, aves y reptiles; no se hace mención de los peces que, por estar en su medio, no necesitaban ninguna asistencia; tampoco de muchas especies de animales y plantas que pertenecían a las zonas denominadas por Kircher "tórrida" y "fría", pues si para él los hombres de la primera franja eran "tontos, inestables, lujuriosos, desprovistos de todo ornato de ingenio" y los de la segunda "Imbéciles, insensatos, tar-

dos y de ingenio obtuso", imagínense lo que serían los animales. Prescindiendo sin embargo de exageraciones y simplezas, tan necesarias en los cuentos, podemos extraer interesantes conclusiones del trabajo de Kircher, o de otros de su estilo, si nos detenemos en el capítulo en que compara el arca con el alma humana, traduciendo medidas en comportamientos y llegando a la conclusión de que sólo un esfuerzo individual puede acercarnos a la salvación.

No sabemos aún cómo influirá en los gobiernos la reunión de Brasil sobre el medio ambiente en el mundo, pero sospecho que sin esa lucha personal por conservar la Naturaleza y su perfeccionado equilibrio, necesitaremos en breve un Noé redivivo que construya un artefacto para meter en él lo que todavía merezca la pena salvar.

¡Fuera telediarios!

En cierta ocasión se me dirigió una carta a través de la sección de Correo espontáneo de *El Norte de Castilla* cuyo contenido venía a ser una especie de afectuosa azotaina por haber prestado mi efigie para algo que la comunicante consideraba indigno: La matanza. El tono de la carta me hacía sospechar que el hecho de haber sido emparejado gráficamente con un acto sangriento, devvaluaba el concepto que la autora de la misiva pudiese tener de mí; argumentaba que eso decía "muy poco en mi favor" y vengo a deducir de esa frase que casi había estado tan preocupada por mi prestigio como por el cerdo sacrificado. Tal vez mitigue el malestar de la comunicante conocer que ni elegí yo la foto, ni el lugar en que salía, ni siquiera pedí que el fotógrafo estuviese allí. Cierto que quienes "predicamos" algo corremos siempre el riesgo de meternos en la intimidad de los demás y chocar con sus convicciones, pero, aparte de esa contingencia —de la que participamos tanto mi comunicante como yo—, puedo asegurar además que en aquella ceremonia yo sólo leía la epístola y el oficiante era otro. Personalmente tendría muchos motivos para disculpar (sin salir-

me de la tónica del buen humor) lo que en una sociedad tan "sensibilizada" como la nuestra puede molestar a otros aunque uno mismo no tenga conciencia de esa vejación involuntaria, pero profesionalmente no tengo más remedio que confesar que seguiré haciendo cuanto de mí dependa para estudiar todas las costumbres tradicionales, entre las cuales, naturalmente, está la matanza. Y al decir "todas" quiero que se entienda claramente que no es de mi incumbencia (pues ni soy juez de la cultura ni selecciono los comportamientos de las personas) si esas costumbres son cruentas o no; necesariamente debo estudiar lo bueno y lo malo, lo decente y lo indecente, lo digno y lo indigno, porque todas esas apreciaciones suelen ser el resultado de una educación (o de una contraeducación, si se quiere) y por tanto el último paso de un proceso cultural. Así, lo que a nuestros ojos parece un proceder deshonesto o envilecido, puede ser para los de nuestros vecinos (digo vecinos, no seres de otro planeta) algo absolutamente natural o ritual. Y ahí puede que esté la clave de todo, en el rito, pues conozco pocos que no lleven implícito o explícito (sobre todo los propiciatorios) el hecho del *sacrificio*, y éste, querámoslo o no, supone una dosis de crueldad. Pero en todo rito existe también una iniciación, y la matanza introduce cada temporada a quienes quieren asistir a ella en el ciclo anual, en la sucesión inevitable de la vida y la muerte, y en el dolor; por supuesto que a ello van unidos el placer de un acto solidario, la comunicación, la alegría de una fiesta que suele durar varios días reuniendo en casa a familiares lejanos, y la generosidad. No discuto que se le pudieran ahorrar sufrimientos al cochino, pero es que la tradición exige por muchas razones que se le desangre y más aún que sea en menguante de luna para que no se corrompa después la carne y que sople el cierzo (no el solano ni el ábrego) y cien detalles más que no son un capricho ni un lujo, sino el resultado de años y años de experiencia. ¿Que esa experiencia nos ha llevado a ser cada día más crueles, insensibles e incivilizados? Como profesional no tengo más remedio que hacerlo constar, aunque pueda en ocasiones lamentarlo como persona, del mismo modo que lamento que mi comportamiento haya podido parecer poco ejemplar a alguien. Pero no entenderé la

decisión (puesta como paradigma por la firmante de la carta) de la Consejería de Agricultura de la Generalidad de Cataluña, de suprimir la matanza como espectáculo público, si no suprime al mismo tiempo los Telediarios.

VI. Amor a primera vista

*¡Oh, campo! ¡Oh, monte! ¡Oh, río!
¡Oh, secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqúeste mar tempestuoso.*

FRAY LUIS DE LEON: *Vida retirada*

Urueña: Visita obligada

Cuando el viajero se aproxima a Urueña —cosa que puede hacer por cuatro caminos distintos: la Nacional VI a la altura del kilómetro 211, el camino que procede de San Cebrián de Mazote, el que llega desde el monasterio de la Santa Espina y el que sube desde el molino de las cuatro rayas—, la atmósfera y el paisaje exhalan un mágico aroma. Tal vez el emplazamiento elevado, o las murallas que ciñen el conjunto urbano, o las nieblas del valle que de vez en cuando dejan a la villa como suspendida en el aire... Lo cierto es que quien se acerca aquí (sobre todo si lo hace bordeando la ermita de la Anunciada, preciosa joya románica del siglo XI) percibe frecuentemente ese halo de misterio y distinción que envuelve todo lo antiguo y que suele responder a un

impulso (involuntario las más de las veces) con el que nuestra naturaleza reverencia y rinde tributo inconsciente a la vida —las horas, los minutos, los segundos, la eternidad— de quienes nos precedieron. Ahí están las piedras que nuestros mayores colocaron para edificar las casas en donde habitaron. Ahí el barro que amasaron mezclado con las ilusiones. Ahí los tapiales que sobrevivieron a sus constructores y que hoy dejan entrever, a veces con cierta impudicia, las ruinas de una vivienda como huella indeleble del paso del tiempo: la desvencijada puerta de dos hojas, medio abierta; los muros donde antes estuvieron colgadas estampas o retratos familiares y ahora están desnudos y deslucidos; las estancias que antaño fueron el refugio, el hogar, para tantas existencias, en la actualidad vacías y sin techo, han vuelto su mirada al cielo ora límpido ora atormentado de las estribaciones de los Torozos.

La vida sigue, sin embargo, inexorable y tal vez halle el viajero, que ya habrá entrado a la villa por la puerta del Azogue, a algún Urueñés que le informará acerca del mejor y más seguro camino para subir a la muralla y contemplar el panorama impresionante que se abre hacia la Tierra de Campos. La gente de aquí es natural y abierta, no exenta de esa sensación de seguridad que confiere el hecho de vivir en uno de los polos sobre los que gira el eje del universo: Día tras día ven pasar los habitantes de Urueña a visitantes, excursionistas, turistas, curiosos, y, sólo de vez en cuando, se despierta en ellos el afán de conocer su procedencia o sus intenciones; lo normal es que saluden al pasar con un "bueno..." que equivale al "hasta luego" ciudadano o que, como mucho, al ser preguntado por la Casona o por un lugar para tomar un café, encaminen correctamente al despistado hacia la calle Real (la que va de la puerta del Azogue a la puerta de la Villa), o hacia el Corro o plaza donde estuvo la parroquia de San Andrés que se vino abajo en el siglo XVIII. Cualquiera de las calles o plazuelas que urden el entramado vial de la población tiene nombre atractivo y sugerente: calles del oro, de las cuatro esquinas, catahuevos, calle honda, de los lagares, de la parra, corro del bolinche, de Santo Domingo, la costanilla... Alguna, como esta

última por ejemplo, aún conserva el empedrado viejo por donde resonaron mil veces las ruedas de los carros en los que salían de madrugada los cisqueros hacia el monte. La vida hoy ha cambiado y son pocas las personas que dedican la atención a la madera o a las hierbas medicinales y aromáticas que crecen en las laderas que rodean la villa; la agricultura y la ganadería son la fuente principal de la economía local, aunque excepciones comerciales como la panadería o la carnicería mantienen aún el sabor de lo "auténtico", de "lo de antes", que, en este caso, es algo así como una joya a cuidar y proteger tanto como una especie en vías de extinción.

Los otros pagos

La palabra "pago" actualmente parece introducirnos en ese maremágnum de las finanzas y de la hacienda propia y pública; se escucha comentar con alivio: "Este año he pagado tanto o cuanto" y, a pesar de la expresión contrita de quienes así hablan, no deja de observarse un cierto desahogo, una cierta distensión, cosa explicable si tenemos en cuenta que pagar viene de la palabra latina *pacare* que significa apaciguar, y esa es la sensación que parece quedarle a quien se ha enfrentado ya al deber ineludible de compartir su peculio. Pero no es a esos "pagos" a los que quería yo referirme aquí, sino a aquellas parcelas o distritos rurales que componen un término. Para entendernos mejor: cada pueblo tiene, alrededor del núcleo habitado, un terreno más o menos extenso dividido tradicionalmente en secciones a cada una de las cuales se aplica el nombre de "pago". La palabra es tan antigua y tan campestre que ya la Iglesia de los primeros siglos se veía obligada a llamar paganos a los agricultores que, aferrados a sus antiguas creencias, preferían seguir dando culto a sus dioses, estuviesen éstos representados por estatuas o por la propia Naturaleza. Bueno, pues cada uno de esos pagos a los que me refiero tiene un nombre; nombre que le fue impuesto seguramente en la Edad Media, siglo arriba siglo abajo, según el grado de "convivencia"

con los árabes dejara a nuestros antepasados resuello para hablar antes o después. Cuesta creer que no quede ya interés ni para saber cómo se llama el terreno que pisamos, pero así lo parece; con las últimas concentraciones parcelarias además, se han agrupado muchos pagos en uno sólo, dándole en vez de un nombre un número frío e insustancial.

Aún hay, sin embargo, personas que recuerdan con asombrosa precisión la denominación que se daba a cada terreno; suelen ser ancianos pastores que una u otra vez en su vida tenían que arrendar pastos y conocer con total seguridad dónde estaban situados y cómo se podía acceder a ellos a través de otros pagos. El señor Francisco Pelaz me ha nombrado ciento y pico en el término de Uruña, algunos con apelativos bellísimos o ciertamente significativos. Sobresalen aquellos que designan accidentes geográficos naturales: Valparaíso, Valle largo, Teso blanco, Barco del Tío Doble, Barco de Valdececilia (utilizando el término "barco" en el sentido de "nava"), Mesa del sordo, Mesa del Tío Bartolo, Laguna del moro... Hay otros que evocan la mano del hombre trazando caminos o sendas para comunicarse: Carrepozuelo, Carrelavega, Carretoro, Carril mata penas, Carregaviales, Carrelaespina, Carretaviesa, Puente madero... Otros, como Los palenques o Parpalacio sugiere contiendas entre caballeros o la vida medieval entre murallas. Cruz de Alcaravaca, Senda de los beatos, La ermita vieja o Convento de Villalbín son nombres de pagos con sabor a un pasado espiritual que quedó plasmado en piedra eviterna. Nombres como Arboleda, Garbanzales, Fuentenebral, Eras viejas, Huerta de los judíos, hablan de una labor de nuestros antepasados por crear riqueza sobre los campos y los bosques. Pozolico, Pozacos, son evidencias del milagro del agua en Uruña: 840 metros sobre el nivel del mar, al borde de la sedienta Tierra de Campos, y se encuentran perforaciones inagotables casi al alcance de la mano. Pese a ello, y hasta los años cincuenta, las amas de casa urueñas tenían que bajar al "caño" a por agua buena con un cántaro a la cabeza, otro a la cadera y otro en la mano, haciendo bueno el dicho antiguo que rezaba: "Trabaja más una mujer de Uruña que una burra de Villagarcía".

El gorjeo del zorro

En los muchos años que llevo escuchando historias antiguas y fantásticas, nunca había encontrado una tan sorprendentemente hermosa como la que me contó la otra tarde un pastor: "No hay cosa más elegante que el canto del zorro; daría dinero por oírlo otra vez. Lo escuché hace muchos años, por San Juan; venía yo al caer la tarde con el rebaño, cuando de aquí a unas matas escuché un gorjeo, pero por lo fino. ¡Mejor que Molina! Los perros que lo sintieron salieron para allá, pero el raposo al ventearlos escapó. ¡Qué lástima! El raposo es tímido, no hace nunca frente; yo una vez tuve que atizarle un garrotazo a uno y, lo nunca visto, se venía a mí y me sujetaba la cacha... Claro que, es normal; si uno le achucha, su instinto es a defenderse".

Las narraciones míticas ayudan a entender el pensamiento de los pueblos primitivos y, con bastante frecuencia, su evolución histórica. Los relatos sobre animales, en concreto, aparecieron en un estadio del razonamiento en que resultaba totalmente creíble que el espíritu del hombre pudiese morar en el cuerpo de otros seres vivos; así, no sólo se dotaba a los animales de voz y capacidad de raciocinio, sino que, a veces, se les convertía en protagonistas de hechos cuya moral podía tener un fondo de ejemplaridad para los propios humanos o reflejar inequívocamente sus virtudes y defectos.

Uno de los animales que más aparecen en los relatos tradicionales es el zorro: su astucia, su prudencia, su timidez son características que acercan su comportamiento al de algunos hombres. El raposo engaña o es engañado, tiene hambre, procura trabajar poco, corretea de aquí para allá en busca de una presa y se relaciona con otros animales o con el hombre, surgiendo de ese trato la aventura y la correspondiente moraleja. Ya he explicado en más de una ocasión que estos relatos no mueren nunca del todo sino que, precisamente por poder ser aplicables en cualquier época, se van fragmentando, transformando⁹e, incluso en algún caso, se refugian en los chistes, evitando así que desaparezca por completo el germen mítico que los dio aliento. No crean ustedes que quien

alardea de incredulidad hacia estas venerables reliquias queda totalmente fuera de su alcance o influencia; suele suceder que ha desplazado el centro de sus fantasías, pasando éstas a ser representadas en forma de coche, televisor o valores en bolsa. En cualquier caso, no se debe desdeñar una expresión tradicional por el hecho de que se haya debilitado su uso: muy poca gente utiliza a diario las bibliotecas y sin embargo nadie pondría en entredicho su necesidad o su importancia para la educación y para llegar al conocimiento cabal de las cosas. Los relatos tradicionales, y sobre todo aquellos en que los animales toman nuestro lugar, vienen a ser como esos libros maravillosos cuyo contenido se transforma por arte de encantamiento según los ojos que emprendan su lectura. La palabra mágica es "imaginación". ¿No hay cuentos en los que seres humanos han sido transformados en animales –zorros, lobos– y sólo pueden recuperar el estado anterior si alguien aprovecha y quema su piel durante el único momento del día en que se despojan de ella? ¿Y no es incluso cierto, que los viejos raposos emiten distintos sonidos imitando el canto de las aves o el chillido de los conejos para atraerlos así a su terreno, escasos ya de fuerzas para seguirlos al acecho? A quien no haya visto nunca un zorro, todas estas sugerencias podrán parecerle exageraciones, pero conociendo su forma de comportarse casi humana, ¿quién podrá extrañarse de que esté detrás de la peña en que el pastor ha colocado su transistor, aprendiendo a cantar como Molina? Cosas más difíciles se han visto.

Los rumores de la campiña

Los modernos investigadores consideran que el ruido producido por una carreta al rodar sobre el empedrado de una calleja cualquiera en una urbe medieval, era muy superior en intensidad al que ahora puede provenir de un normal embotellamiento de tráfico; aun siendo una hipótesis discutible, sirve como argumento para quienes creen que todavía podría ser peor el nivel de polución acústica en algunas de nuestras ciudades. Recordaba la teoría

de que el ruido produce atontamiento, asomado al precioso mirador natural que se forma en Urueña allí donde el páramo termina. Al borde del ribazo uno descubre, a poco cuidado que ponga en ello, los mil y un ruidos (mejor sería denominarlos rumores) que interrumpen intermitentemente el bendito silencio; cada uno de ellos sugiere una distancia, una procedencia, una tonalidad, y permite que la mirada recorra la campiña en busca de lo que el oído ha captado antes, precisa e instantáneamente: el aleteo de una paloma, el ladrido de un perro, el runruno de un tractor en la lejanía, el graznido de las grajetas, el canto de una perdiz, el vuelo raso de una golondrina... hasta el viento, que al acariciar la mies produce la impresión de una mano invisible deslizándose sobre terciopelo, tiene su propio sonido nítido e identificable: en los días de viento solano, acompaña el rumor del regato que, sangrando balates y lindazos, busca la vaguada; en los días de viento norte reina la "bufarda".

El panorama sonoro captado por quien se acerca al talud que comunica la altiplanicie con la llanura, es tan rico e intenso como el visual. A media tarde, hacia las seis o las siete, según hayan pastado, suben los rebaños por las cañadas peladas, conducidos por los pastores quienes, de vez en vez, corrigen la lentitud de alguna oveja con una cantada a sobaquillo que es tan terminante como una orden verbal para los perros atentos. Ascendiendo hasta la varga que se extiende al pie de la muralla, el rebaño adopta formas variables, de huso gigantesco o de madeja infinitamente hecha y deshecha, cuyos límites funden en una vaharada sonora los balidos, los ladridos y las voces contrapunteadas por el metal de las cercas. Sobre un bancal, un mastín aguarda, inmóvil, que vayan pasando los rebaños, como buscando el suyo propio; al fin, algo imperceptible pero familiar le tranquiliza y distiende su figura.

Me cuentan que, años atrás, por el antiguo camino de Tiedra que va ribeteando las ruinas del monasterio de Santa María del Bueso, había tantos conejos que se los oía trabajar en las huras. Eran otros tiempos y otras costumbres; también la muralla se animaba con las conversaciones de los jugadores de tarusa que apos-

taban unas perras por matar el rato y mantener el ritmo. Y las piedras transmitían el eco de los que empeñaban más fuerte jugando a las chapas bajo el peinador de la reina: caras o lises para entretener a la sombra de doña Urraca... Dicen también que en tiempo de la guerra de la Independencia tenían los franceses tomada la villa y apostados centinelas en las dos puertas; para reconquistar la plaza, se valieron una noche nuestros paisanos de un rebaño de carneros al que ataron a los cuernos teas ardiendo y lo hicieron subir por el camino de entrada con un estrépito considerable. Al acudir todos los soldados franceses a la puerta de la villa, pensando que por ahí llegaba el peligro, entraron los españoles por la poterna del Azogue, burlando así al enemigo. De este modo lo cuentan —según lo oyeron— algunos viejos del lugar y de este modo lo recoge el padre Antolín en uno de sus libros sobre Uruña. Y aún habrá quien niegue que el ruido atonta...

Lenguajes mudos

En siglos pasados se pusieron de moda los lenguajes sin voz; a través del abanico, de las flores, del pañuelo o de la mímica, las personas se comunicaban su mensaje críptico de amor, de odio, de pasión o de desdén. Siempre tuvo el ser humano tentaciones de reducir todas las lenguas del universo a una sola, y para presentar una advertencia de lo que podía suceder si se multiplicaban los idiomas, ofrecía la Biblia el caso de la torre de Babel donde la confusión de conversaciones vino a provocar la ruina de un empeño común; el pasaje bíblico, además de las correspondientes moralejas de índole religiosa, tenía una muy clara de carácter social: cualquier imperio que se precie de serlo debe basar su fuerza de expansión en el medio de comunicación más eficaz a su alcance, que es, naturalmente, el lenguaje. Sin embargo, esa afición que antes comentaba de traducir todo lo que nos rodea y no comprendemos, a un lenguaje inteligible, nos puede hacer imaginar que otros seres pronuncian frases o palabras que tienen correspondencia en nuestro propio código lingüístico.

Hay quien oye "pálpalo, pálpalo" cuando canta la codorniz. Cuando escuchamos "críalo, críalo", sabemos que el llamado cuco real acaba de hacer su puesta de huevos en el nido de una marica y está diciendo "ahí queda eso para que me lo empolléis". En las orillas de los ríos y en los sotos umbríos cualquier paseante atento puede escuchar el "tengo frío; tengo frío" de la oropéndola. Desde tiempos remotos, incluso, el hombre o la mujer de campo preguntaban al cuco cuánto tiempo quedaba para su boda o su entierro y el pájaro, con su cucú característico, iba cantando tantas veces como años quedaban, ante la desilusión o la sorpresa de quien había preguntado. (Entre paréntesis diré que en la Edad Media tenía también el canto del cuco una connotación desagradable, pues por ser pájaro que pone los huevos en nido ajeno, la simple audición o el remedo de un "cucú" significaba que alguien había puesto sus huevos dentro de nuestra cestilla y nos podíamos considerar cornudos de solemnidad). Si han tenido ocasión de ver a un gato acechando a una pega, habrán notado que la urraca va graznando de un árbol a otro, emitiendo lo que se llama el "queo", dicen unos que para avisar a sus congéneres del peligro y otros que para darle un corte de mangas sonoro al felino.

En cualquier caso, fíjense si tengo razón en lo de aproximar todas las expresiones desconocidas o dudosas a nuestro propio universo, que cuando un perro tiene que ladrar en español dice "guau" y si lo hace en inglés suena "arf, arf". ¿Creen ustedes de verdad que también los animales están empeñados en distinguirse unos de otros por la forma de gruñir? Pues hay quien piensa que en la entonación de los sonidos que emite el perro, el toro, la oca o cualquier otro ser no racional, manifiesta deseos, pasiones o sentimientos como nosotros. Recordemos el chiste del que aseguraba comunicarse perfectamente con su pato y, al llegar a su casa, para mostrarlo a sus atónitos amigos, le decía al palmípedo:

– Tráeme una corbata.

Cuando el pato contestaba "cuá, cuá", decía el otro:

– Cualquiera, cualquiera, no tengo preferencia.

Para otras personas, por el contrario, las conversaciones entre animales (aun entre los de la misma especie) son tan reducidas

que bien se puede aplicar a su contenido aquel chiste de que están dos vacas en un prado y dice una:

– Mú.

Y contesta la otra:

– Oye, me lo has quitado de la boca.

Ya he hablado en alguna ocasión también del tono ejemplarizante de muchas fábulas en las que hombres y animales conversan sin necesidad de intérprete, pero esto parece ser cosa del pasado o facultad milagrosa, como la que tuvo San Antonio (que recoge un famoso romance) de hablar con los pájaros y que éstos le entendieran: "Venid pajaritos / dejad el sembrado / que mi padre ha dicho / que tenga cuidado". Ahora necesitamos un traductor para cualquier cosa y tenemos que ir con el audífono detrás de la oreja todo el santo día, pues, pese a la sofisticación de los medios de comunicación, el mensaje sigue siendo el mismo y cada vez nos entendemos peor.

VII. Paisaje con paisanaje

Ningún hombre ha sido nunca por completo él mismo; pero todos aspiran a serlo, confusamente unos, más claramente otros, cada uno como puede.

HERMANN HESSE: *Demian*

Prudencia para llorar

La desgracia nunca llama a nuestra puerta: entra sin avisar y nos sorprende en el mejor y más relajado de los sueños. Y pensándolo bien, creo que es preferible así, pues el susto producido por el infortunio que sale a nuestro paso es siempre más llevadero que el horror de conocer en qué parte del camino vamos a tropezar con un destino adverso. La fábula de aquel hombre que sabe su futuro y debe afrontar día a día el espanto de lo "ya visto" es tan escalofriante como la del que intenta escapar inútilmente de la muerte que viene a buscarle, huyendo alocadamente hacia otra ciudad; y digo escalofriante pese a que la literatura suele servir, tanto para desdramatizar la realidad como para dramatizar lo irreal. Y se preguntarán ustedes ¿a ton de qué estas reflexiones tan trascendentes en un escrito tan ligero? Me explicaré: si es usted amante del arte y dedica algunos ratos de su ocio a viajar por la

región, conocerá sin duda la villa desde la que escribo estas líneas: Urueña. Y si, como buen viajero, es usted curioso, le habrá llamado la atención una placa colocada sobre un tapial, a unos tres metros de altura, en el llamado Paseo de Oriente de esta localidad. En aquélla se lee, no sin cierta dificultad, la siguiente inscripción: "Aquí murió la joven Luisa Ramos Sánchez, el día 3 de octubre de 1927 a las tres de la tarde, de mano hairada, a los 18 años de edad. Una horación por su alma". Dos pequeñas calaveras con sus correspondientes tibias enmarcan el clásico Descanse en Paz.

Me ha inquietado tanto la placa como su contenido y no he resistido la tentación de preguntar a algunos vecinos por los detalles del suceso. Quién más, quién menos, conocía el hecho, algunos por ser jóvenes cuando acaeció y otros por haberlo oído contar a sus mayores, pero todos coincidieron en atribuir a la joven Luisa un atractivo especial: "Era como un ángel, pero en rubio", comentaba muy expresivamente un anciano que la conoció y tal vez admiró en secreto sus encantos; "alegre y simpática, con todo el mundo tenía conversación", comentan otros; alguno, finalmente, se anima a contar lo que siempre escuchó en su casa y que coincide, a rasgos generales, con la noticia aparecida en *El Norte de Castilla* el día 6 de octubre de 1927 bajo el título de "Homicidios": "En el pueblo de Urueña se encontraba ayer paseando en la calle de Oriente la joven de 18 años Luisa Ramos Sánchez acompañando a dos amigas forasteras. En aquellos momentos se acercó al grupo Casimiro González Marcilla, de 24 años, que había sido novio de Luisa. La requirió nuevamente de amores y como la muchacha se negara a ello, sacando un revólver disparó un tiro contra su ex-novia produciéndola una herida en la cabeza con desprendimiento de la masa encefálica que la ocasionó la muerte instantánea. La Benemérita de Villagarcía y el Juzgado Municipal intervinieron en el hecho deteniendo al agresor que quedó convicto y confeso de su delito, e incautándose del arma homicida". Hasta aquí el relato que coincide, como digo, con casi todas las versiones orales; solamente una difiere en la descripción del encuentro, pues pone en boca de Luisa, al ver a su novio que estaba tomando el sol en "las peñas", la frase siguiente dirigida a sus

acompañantes: "Veréis qué atento es mi novio...". De las atenciones de Casimiro ya tenemos noticia y Dios nos libre de semejantes afectos, que por eso dicen seguramente que hay cariños que matan.

"¿Qué esperas, fortuna, con tantas injusticias y violencias?", clamaba Séneca al escribir sobre la brevedad de la vida: y continuaba: "¡Impío destino a quien no desarma ninguna virtud!". Todas las virtudes y prendas de Luisa no fueron suficientes para detener la mano airada de su ex-novio. El recuerdo de su corta vida lo constituyen hoy dos o tres detalles en la memoria de las gentes y una placa herrumbrosa que, hasta hace cinco o seis años, venía a repintar de tiempo en tiempo su padre. La última vez que estuvo por aquí, ya anciano, ni siquiera pudo subir a una escalera para retocar las letras y tuvo que encargarse alguien del pueblo de hacerlo mientras él, sin lágrimas ya –tantos años y tanta pena por lo que fue y por lo que no pudo ser–, contemplaba inmóvil cómo unas simples pinceladas mantenían vivo aquel recuerdo frío y mudo. Decía el sabio: "Ya que no podemos evitar las penas, sepamos al menos reservar nuestras lágrimas pues habremos de derramarlas a menudo".

El señor Atilano

Al solecito de la tarde me paro a conversar con el señor Atilano. Al señor Atilano, pastor jubilado, le encanta pasear arriba y abajo la calle Real, para terminar pegando la hebra (que siempre hay con quién) en la puerta de la Villa. Alguien le dijo hace tiempo que habían aparecido varias fotografías suyas en un libro de Miguel Delibes y sintió curiosidad por la obra del escritor vallisoletano; la curiosidad es la fuente del conocimiento y el conocimiento la base de la cultura, y yo estoy convencido desde hace tiempo de que los pastores son curiosos y sabios; no es por casualidad por lo que un ángel les anuncia el nacimiento de Cristo o por lo que la Virgen se les aparece bajo diversas advocaciones.

Desde su pequeña estatura y con sus ojillos vivos el señor Atilano te observa en silencio. Cruza las manos atrás en actitud sose-

gada, como podría llevarlas un sabio paseando por el campus de Harvard o el duque de Edimburgo en los jardines de palacio.

– Dice Delibes que el raposo y el pastor son los peores enemigos del conejo...

Cuando estoy esperando una defensa apasionada de su oficio, Atilano esboza una sonrisa maliciosa y me espeta:

– ¿Y cómo lo sabrá él? Tiene que conocer cabalmente el campo...

Después reconoce con orgullo que, efectivamente, en sus tiempos, no se le escapaba uno siempre que tuviese unos buenos perros o una buena cacha. Me confiesa que sí que le gustaría echarse una parrafada con Miguel Delibes y le vuelve a picar la curiosidad:

– Pero, ¿cómo sabrá todas esas cosas?

Y se queda como el colegial al que le descubren su tesoro más querido y secreto. Cuando le pregunto por la forma de celebrar la fiesta de aquí en otras épocas me responde que para él no había fiestas:

– Todos los días eran iguales; pero de trabajo, no como ahora.

Y nos ponemos a criticar a dúo la irracionalidad de esta época que, pese a tener todos los requisitos para haber podido hacer feliz al ser humano, le hace tan desdichado. ¿Es la velocidad el símbolo más representativo de estos tiempos? Al menos ejerce un efecto hipnótico sobre las nuevas generaciones como dicen que la culebra atrae al pajarillo descuidado.

– No hay que tener prisa para nada, pero menos aún para morirse...

Yo le contesto que el cementerio es como los hospitales, que hay que ir a ellos lo imprescindible.

– Pues a mí no me importó volver a la Residencia...

El señor Atilano es de los muchos agradecidos a la Seguridad Social o, por mejor decir, al trato humano y afectuoso de algunos de sus médicos. Le choca sin embargo que, pasados unos meses de la operación, le escribieran para preguntar por él e intenta explicárselo:

– Algunas familias siguen cobrando el subsidio de una persona después de muerta, pero ese no era mi caso. Ya digo que para morirse no hay prisa. Pero hay tanto pícaro...

En la cuerda floja

Dice el señor Alejandro que ya no hay tantos pájaros como antes; pese a que uno puede encontrar, en el trayecto desde Castromonte hasta aquí, cogujadas, perdices, grajetas, milanos, palomas, tordos, abubillas, abejarucos, golondrinas, pardales y muchas más aves que cruzan confiadamente por delante de los vehículos en marcha, ya no hay tantos pájaros como antes. El "como antes", aquí en España, significa casi siempre "como antes de la guerra"; aquel ataque de locura, aquella fiebre, acabó con el orgullo y la altanería de un siglo que alardeaba de ser el de la supremacía definitiva de las ideas. "Después" de aquello, la confianza entre las personas, la alegría espontánea, la naturalidad en las relaciones quedó como turbada; ensuciada por un vómito de maldad que dejó a los propios españoles sorprendidos de que el fondo del ser humano pudiese llegar a contener esos impulsos, esas inclinaciones.

Y si callaron por mucho tiempo los hombres, ¿cómo no iban a hacerlo los pájaros?.

– No sólo hay menos pájaros sino que tienen peor leche –tercia Julio–. A mí un cernícalo se me tiró encima y me quitó la gorra cuando iba en moto por el monte de la Espina...

Menudo es Julio; como para que le quite la gorra un ave, por muy rapaz que sea...

Hay ocasiones en que observando un pájaro, un perro, una flor, un árbol, tenemos la sensación de que nos miran y en un lenguaje lejano, difícil de comprender, nos reclaman algo. No creo que sea simplemente esa mirada amiga o ese comportamiento tierno que, cómo no, ennoblecen y nos confortan interiormente premiando con una satisfacción profunda la pequeña "buena acción". No; yo creo que la Naturaleza toda nos demanda, de vez

en cuando, la mitad de nosotros mismos o, al menos, aquella parte de nuestro ser que, aun disfrazado de civilización y barnizado con varias capas de educación, quiere –atraído por no se sabe qué tendencia primitiva– volver a su origen.

El día de san Isidro hubo fiesta aquí; cosa natural porque Isidro es un santo cuya trayectoria humana y profesional le convirtió por derecho propio en el patrono de los labradores y además porque la Iglesia, como siempre sabiamente, puso su celebración en mes y día en que los campos ya empiezan a tener sed y necesitan el agua.

La fiesta, como decía, consistió en una misa con procesión y un refresco que ofreció la Hermandad. Lo más llamativo para mí fue la bendición de los campos, que antiguamente se hacía desde los cuatro puntos cardinales –puerta de la Villa, la peña, las eras y la cueva– y ahora desde tres. Cuando los que llevan las andas colocan al santo frente a la campiña, la mirada de todos los asistentes se pierde en un mar de cereal intentando abarcar el campo entero; suena ese "san Isidro, ruega por nosotros" que musitan las bocas al unísono mientras las mentes y los corazones se dispersan en distintos afanes. Así, en esa actitud, los varones delante portando al santo y las mujeres detrás contestando al sacerdote, tiene uno la medida exacta del hombre del campo; ahí están su enorme estatura y su pequeñez: su triunfo y su fracaso. La Naturaleza y él, frente a frente en una lucha emocionante y diaria cuya dureza queda reflejada en los rostros y en los surcos. El labrador sabe que cada buena cosecha es una batalla ganada por el esfuerzo, la astucia y todos los demás medios a su alcance, pero también sabe que no puede vencer, aniquilar completamente a su adversario, pues de ese sabio y secular equilibrio depende su propia supervivencia. ¿Conocemos y respetamos todos esa estrategia?

Los gritos de Uruña

Creo que una de las más hermosas y completas colecciones que existen sobre grabados de tipos populares es la que realizó

Miguel Gamborino bajo el título genérico de "Los gritos de Madrid". Gamborino, nacido en Valencia en 1760, comenzó a publicar a finales del siglo XVIII una serie de láminas (a imagen y semejanza de otras aparecidas en Francia, Italia e Inglaterra), en cada una de las cuales aparecían cuatro personajes de los que en esa época recorrían las calles de la capital de España pregonando su mercancía para venderla. A través del fino y riguroso trabajo del grabador, podemos observar no sólo la indumentaria especial de cada vendedor y el producto específico que acarrearaba, sino el grito que le caracterizaba y que hacía salir sin error al posible comprador a la puerta de su casa; lástima que no haya incluido Gamborino la entonación –a veces cantinela– con que cada mercadería era voceada, salmodia que, aun siendo algo personal, se ha conservado hasta nuestros días con algunas propiedades comunes y otras peculiares. Sin remontarnos a tiempos pretéritos podemos recordar sin dificultad los vallisoletanos los cánticos del trapero-lanero, del piñero, del botijero o del afilador, precedido este último de aquel toquecillo único ejecutado en su flautilla de pan; más atrás en la evocación nos podríamos encontrar con las voces del arenero, del lañador, del aguador o del vendedor de sangrecilla, oficios todos ellos ambulantes también y necesitados de esa pública y sonora predicación para atraer a la parroquia. Tal vez quienes nos sucedan el próximo siglo se preguntarán cómo nos las arreglaríamos nosotros para comprar sin ordenador, pues a ellos les bastará con escribir el producto que deseen en el teclado y transmitir la orden a cualquier gran almacén, para recibir al final del día el pedido completo y cobrado sin necesidad de utilizar monedas ni billetes. A mí todavía me sigue gustando, sin embargo, ese contacto personal y esa "vuelta" tan poco higiénica pero tan maravillosamente humana en la que nos llega la efigie de don Benito Pérez Galdós oliendo a negrito o a besugo.

Los pueblos han mantenido, por razones de orden práctico la mayoría de las veces, esa expendedoría trashumante que en otros tiempos tuvo como escenario todo el territorio nacional; la mayor parte de los vendedores que llegan hasta Urueña utiliza ahora megafonía para hacerse notar: Algunos se aproximan con la pila

del micrófono a medio desgastar y sólo emiten un ruido confuso que se mezcla farragosamente con el del motor de la furgoneta en que viajan; otros recurren al estrépito de sus bocinas para el reclamo, sabedores de que el sonido de las mismas o la duración del toque harán inequívoca la llamada; por fin, algún otro más original llega al pueblo con la música de los "pajaritos por aquí, pajaritos por allá", de tan pertinaz como enfadosa memoria, para convocar en el Corro (que es como se llama aquí a la plaza) a las vecinas que quieran comprarle algún retal. Entre los muchos "gritos" que por estos pagos se escuchan me subyuga y casi me hipnotiza en particular el de un melonero que, elevando paulatinamente la tonalidad de su motete como si de una sirena se tratase va desgranando de trecho en trecho la siguiente retahíla: "Vamos a ver parroquia que ya está aquí el melonero de confianza / con melones que se dan a cala y a prueba, a raja y a cata; / vamos a ver parroquia que esto es azúcar del Turia...". Melones tan ponderados han de tener la coronilla dura, ser de buen peso y amargarles el pezón, según recomendaban los antiguos, que ya comparaban al melón con el ser humano por la dificultad que ambos presentaban para dejarse investigar: "El melón y la mujer malos son de conocer", dice un refrán, y remata otro "El melón y el hombre nunca se conocen". Sin embargo, con tantas comprobaciones y reconocimientos como permite el grito de Urueña, ¿quién no se arriesga?

¿Una escena del pasado?

Imagínense la escena: Hoy, día veintiuno de marzo de 1752 y en la posada extramuros de Urueña, don Diego de Ulloa, juez subdelegado de su Majestad, ha convocado a varios vecinos de la Villa para llevar a cabo un interrogatorio que el Rey ha ordenado por decreto. Quienes comparecen ante don Diego y el escribano son Joseph Elgueta (en sustitución de Francisco Islá, alcalde por el estado noble, que está ausente), Bernardo Abril (alcalde por el estado llano), Antonio Hernández Barrio (regidor por el estado

llano), Francisco González (fiel de hechos del Ayuntamiento) y Nicolás Crespo (teniente de cura de las parroquias de San Andrés y Santa María); como acompañantes van Melchor Zambranos y Antonio Pérez Minayo, habiéndose elegido como peritos a Pedro Sobrino y Lorenzo Negro. Todos ellos juran por Dios nuestro Señor y la Santa Cruz que responderán a las preguntas en forma correcta según su saber y entender y así comienzan.

Dicen que la Villa se llama Urueña y que su Señor es el Duque de Osuna, quien percibe anualmente "tanto" por el derecho de alcabalas. Tras contestar las leguas que tiene el término y con qué otros limita, declaran qué tierras son de sembradura, cuáles de pastos de viñas y de montes, añadiendo en cada caso si son de primera, segunda o tercera calidad; los árboles frutales y huertos que hay y en qué pagos; las iguadas dedicadas a secano y las cosechas que se dan de trigo, cebada, centeno y avena, así como la producción de vino, garbanzos, algarrobas, etc. Los animales y su utilidad. Se especifica que las familias Manrique, Negro, Isla, Martín y Gutiérrez tienen abejas y cada pie de colmena les produce al año veinticuatro reales de vellón. El Ayuntamiento posee como propias la casa de carnicería, el matadero, la fragua y la panera, amén de un excelente prado de guadaña que le produce al año doscientos ochenta reales; gasta casi quinientos en el escribano y el guarda del monte, y doscientos más en la función que la Villa le hace a San Roque.

Los diezmos (es decir la décima parte de toda la producción) se dividen en tres; una porción va al Arzobispo de la Diócesis de Palencia, a la que pertenece la Villa; otra, al cura y beneficiados de la parroquia; de la última se vuelven a hacer tres partes, de las cuales dos van al Duque de Osuna y otra comparten la Hacienda y el convento de la Merced Calzada de Toro.

Continúan diciendo que en la Villa no hay mesones ni tabernas y que la única carnicería la atiende Joseph Fernández, vecino de Villardefrades; no hay médico, aunque sí cirujano, y se mantiene a un maestro de niños. De los tres panaderos, quien más gana al día es Andrés Rico, con cuatro reales, seguido de Francisco Manriquez y de María Alderete, con tres y dos respectivamente...

Finalizado el interrogatorio con la pregunta cuadragésima los nominados de Justicia y los peritos declaran ser verdad todo lo que han expresado anteriormente, firmando como testigo el señor Conde de Isla.

Camino ya de casa, al subir por la cuesta que lleva a la puerta de la Villa, más de uno de los asistentes al acto se pregunta si todas estas indagaciones no serán en el fondo más que un pretexto para que la Real Hacienda controle cada día más las vidas y el patrimonio de todos...

¿Castellanos en Europa?

Hace unos días me escribía un amigo inglés sorprendido y algo decepcionado de que, a su paso por aquí en un reciente viaje, el género musical más escuchado en espectáculos y medios de comunicación hubiese sido la sevillana; concluía su carta con la siguiente frase: "¿Es posible que los castellanos hayan olvidado los siglos de reconquista y se hayan rendido "culturamente" al Oriente?".

Mi amigo inglés, todo hay que decirlo, es de los que creen todavía —como lo hacían los antropólogos románticos de la Inglaterra del pasado siglo— que en la Humanidad hay dos tipos de pueblos, los cultos y los incultos, y dentro de este último apartado suele incluir (creo yo que con un planteamiento tan erróneo como exagerado) a todos los que habitan por debajo de Dover.

Alguno podría pensar, sin embargo, que tiene razón mi amigo en lo de reivindicar para los castellanos un poquito de ese orgullo que —parece ser— tuvimos en otra época por lo nuestro. Para tranquilizar a quien así opine bastará con decirle que las sevillanas actuales no tienen nada que ver con lo oriental, ni con el sur, ni con la dominación árabe, y son, sencillamente una derivación, sofisticada por el uso y la evolución localista, de un tipo de seguidilla bailable del siglo XVIII, inventada probablemente por un castellano.

No obstante hay algo de lo que no podemos estar orgullosos y es la falta de creatividad musical que se padece en nuestros días

en esta región; verdaderamente parece como si toda la imaginación se nos hubiese consumido y tuviéramos que aceptar irremisiblemente aquello que nos viene de fuera (sean inglesadas, americanadas o sevillanadas) con esa resignada vergüenza de que hacemos gala cuando el tema no va con nosotros. Decía Menéndez Pidal que en el desarrollo de la literatura de un pueblo solía haber dos períodos que se alternaban, uno creativo y otro repetitivo (él los llamaba aéxico y rapsódico) y que este último venía a coincidir con épocas de esterilidad imaginativa, que suponía para la comunidad que las padecía una grave decadencia en su patrimonio cultural.

Creo sinceramente que estamos ante un período rapsódico de los definidos por Pidal e, independientemente de la mayor riqueza informativa (tenemos más noticias culturales pero menos cultura), nos falta capacidad de reacción ante un fenómeno que nos empobrece de día en día. No voy a abogar ahora por una campaña en favor de la creatividad —el ingenio no viene cuando uno quiere, aunque haya circunstancias que, ciertamente, lo favorecen— pero creo que no estaría de más reflexionar sobre los motivos que nos han llevado a esta situación y, si es posible, remediarlos, a no ser que queramos estar de por vida sometidos al capricho de la comercialidad, esclavizados por aquello que nos ordenan determinados medios de comunicación, y colonizados irremisiblemente por invasores "culturales" que vienen a imponernos su gusto desde otras tierras.

¿Soy exagerado? Creo que no. No es coherente contemplar al más feroz anti-americano bebiendo Coca-Cola, ni al ecologista a ultranza fumando como una coracha. Ciertamente que somos universalistas de vocación, pero eso no significa que tengamos que ser "universalizados" a la fuerza. Lo que en siglos pasados definió al castellano fue la voluntad de mantener la propia identidad aun estando fuera de su tierra —rasgo que compartió con otros emigrantes—, pero también la capacidad para aceptar otras culturas sin grave detrimento de la suya. Naturalmente la riqueza económica tuvo mucho que ver con el auge cultural y la abundancia creativa de que pudimos disfrutar hace cinco siglos, pero no olvidemos

que lo importante fue la atmósfera conseguida (la creación se produjo en muchos casos incluso fuera de los ámbitos cortesanos en que se movían el dinero o el poder) y puede que esa atmósfera se estuviese fraguando antes de que llegara a producirse la eclosión económica. Ese factor no es, pues, el más importante y, como otros muchos, depende más bien de la voluntad colectiva de mejora (algo que ahora escasea) y de la propia estimación.

Hay gente que se sorprende: "¡Cómo! ¿Vamos a acordarnos de que somos castellanos ahora que vamos a integrarnos en Europa?". Pues sí; precisamente porque no se trata de desintegrarnos y porque lo castellano, que además de gentilicio nos identifica como colectividad, no es incompatible con lo español (que es una realidad política refrendada por la Historia); ni con lo europeo (que ha sido una asignatura económica casi siempre suspendida).

Página incompleta de un pseudo-diario

16 de enero de 1991

Parece mentira pero he tardado casi un año en volver a interesarme por la redacción de este pseudo-diario. El quehacer cotidiano ha sido tan intenso que ocupaba el tiempo de las cosas importantes... Me ha devuelto a la verdadera realidad el constatar que las perspectivas para este año son tan poco halagüeñas; ya ves, 1991 que debería ser —por capicúa— un período de suerte para todos, se descuelga con una crisis internacional que va a terminar en guerra mundial. Para una persona que, como yo, haya crecido entre los años cuarenta y sesenta, esta situación supone la frustración de las últimas esperanzas; la imposibilidad de creer en el ser humano y en su capacidad para ser mejor. Nosotros luchamos por la paz cuando no había guerra; fuimos la generación a la que se privó de la libertad intelectual, sacrificada en aras de dictaduras paternalistas y de prudentes gobiernos: "Para que no vuelva a suceder nunca", repetían, y de pronto, cuando no hemos terminado de asimilar las mentiras de la Sociedad, la insolidaridad, el cinismo y tantas otras lacras, llega la guerra. ¿Tiene que ser así?

Desde luego no creo que sea la última oportunidad que le queda al ser humano para dignificarse porque todas estas zarandajas son cíclicas, pero me temo que hemos perdido –mi generación y yo– la ocasión de demostrar que el individuo es capaz de ejercer cierto control sobre la Sociedad o sobre aquellos que la manejan a su antojo. Nos han podido las oligarquías siniestras y las empresas internacionales del terror. Lo demás es pura fantasía y además fantasía barata: Los fines de semana, el consumo, la mentira piadosa, los empleos primeros, la ilusión desmesurada de lo superficial, la alegría ficticia del "bienestar"... En suma, el placer del pobre que encuentra una colilla. Cuánta energía desperdiciada; no era ése el camino y bien lo sabía... Sigue sin serlo pero ahora lo van a saber a la fuerza muchos más. Sólo me consuela pensar que, dure lo que dure esta guerra, a los tres días de su conclusión será tema de tertulia y se escribirá mucho sobre ella para ser olvidada eternamente en los libros. El hombre es un ejido infecundo.

EN ESTA MISMA COLECCIÓN

Serie Letras

1. *De Astudillo a Moscú*. Obra periodística.
CÉSAR M. ARCONADA.
2. *Los tres cuadernos rojos*. Diario.
JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO.
3. *Escuchar a Cervantes*.
ROSA ROSSI.
4. *Las jaulas*. Novela.
RAMÓN CARNICER.
5. *La paradoja del vencido*.
LUIS MARTÍN SANTOS.
6. *Es indiferente llamarse Ernesto*. Novela.
FRANCISCO SOSA WAGNER.
7. *Codicilo*. Memorias.
RAMÓN CARNICER.
8. *Objetos perdidos*.
JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO.
9. *Antología del cuento hispanoamericano contemporáneo*.
Edición de JOSÉ LUIS DE LA FUENTE y CARMEN CASADO.
10. *El Aquilón*
ÁVELINO HERNÁNDEZ LUCAS
11. *La memoria del narrador. La narrativa breve de J. Lozano*
FRANCISCO JAVIER HIGUERO
12. *Flor de verso y prosa*. JOSÉ ZORRILLA.
Selección y estudio de Santiago de los Mozos

Serie Historia

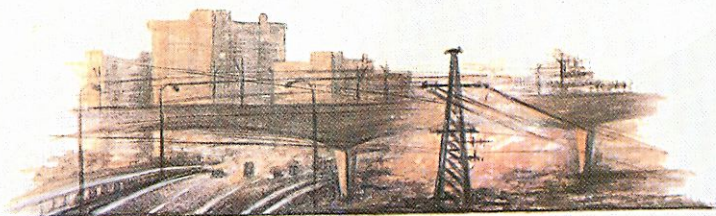
1. *Génesis medieval del Estado Moderno*.
ADELINE RUCQUOI (coord.).
2. *Purga de maestros en la guerra civil*.
JESÚS CRESPO, J.L. SAINZ, JOSÉ CRESPO Y C. PÉREZ
3. *Realidad e imágenes del poder. España a fines de la Edad Media*.
ADELINE RUCQUOI (coord.).
4. *En defensa de la historia*.
JULIO VALDEÓN BARUQUE.
5. *Castilla, país sin leyes*.
ALFONSO GUILARTE ZAPATERO.
6. *Crónica de los últimos guerrilleros leoneses (1947-1951)*.
SECUNDINO SERRANO
7. *La Sala de Hijosdalgo de la Real Chancillería de Valladolid*.
SOTERRAÑA M. POSTIGO Y CILIA DOMÍNGUEZ.
8. *Castilla en escombros*.
JULIO SENADOR GÓMEZ.
9. *Ambición y muerte en la conquista de América*.
MARCELINO FLÓREZ MIGUEL.
10. *Castilla: Lamento y esperanza*.
JULIO SENADOR GÓMEZ.

Serie Cultura Tradicional

1. *Palabras para vender y cantar*.
LUIS DÍAZ VIANA.
2. *La memoria permanente. Reflexiones sobre la tradición*.
JOAQUÍN DÍAZ.
3. *Coplas de ciegos. Antología*.
JOAQUÍN DÍAZ.
4. *Brujería y otros oficios populares de la magia*.
JUAN FRANCISCO BLANCO
5. *De año y vez. Fiestas populares de Castilla y León*.
CARLOS BLANCO.
6. *Del buen yantar en la ruta jacobea. Gastronomía del Camino de Santiago en Castilla y León*.
FÉLIX PACHO REYERO
7. *Comedio yermo*.
JOAQUÍN DÍAZ.

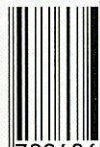
El autor intenta, por medio de este libro, demostrar la incómoda posición que ocupa el individuo del siglo xx, tan cercano al campo (por su propio nacimiento o el de sus antepasados) y tan atado a las cosas de la ciudad, no estando sin embargo acomodado en ninguno de los dos espacios. Ese «comedio yermo», ese espacio esterilizante en el que se encuentra el ser humano de nuestros días, desarraigado a la fuerza de ambas opciones y no establecido en ninguna de ellas, es descrito con un estilo que tan pronto está cercano a los artículos de costumbres decimonónicos como a la Antropología más moderna.

Joaquín Díaz (Zamora, 1947) viene dedicándose, desde hace un cuarto de siglo, a la investigación y difusión de la cultura tradicional. Dirige la Revista de Folklore y el Centro Etnográfico que lleva su nombre, ubicado en Uruña (Valladolid). Ha grabado medio centenar de discos y ha publicado cerca de cuarenta libros, entre los cuales cabe destacar: La memoria permanente. Reflexiones sobre la tradición (Ámbito, 1991), Coplas de ciegos. Antología (Ámbito, 1992) y Cuentos castellanos de tradición oral (tercera edición, Ámbito, 1992).



ÁMBITO

ISBN 84-3



9 788486